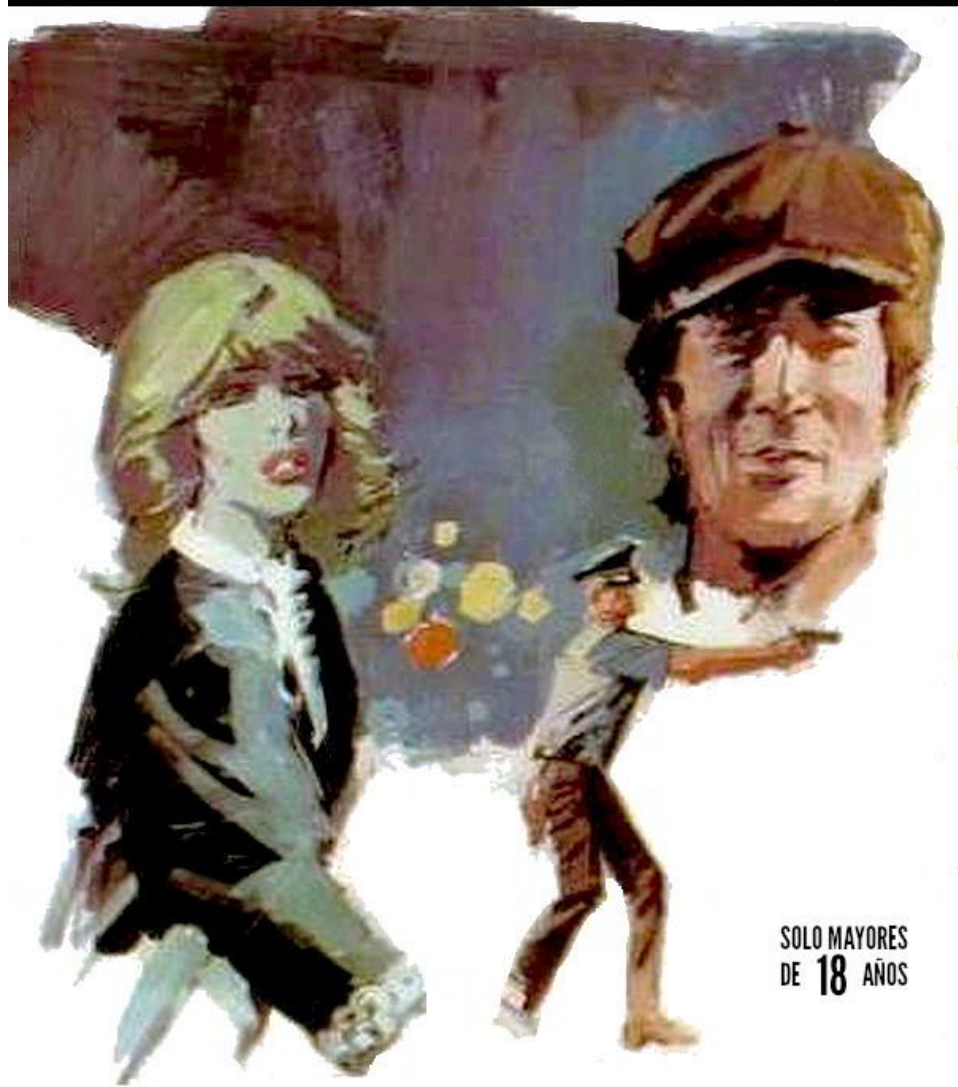


SERVICIO
SECRETO

Ss

**DIANA DUBBS,
ABOGADO
DEFENSOR**
Clark Carrados



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

El jurado estimó que el acusado era inocente y, en consecuencia, el juez decretó fuese puesto en libertad, exculpado por completo de todos los cargos que se habían formulado contra él.

Enormemente satisfecha, Diana Dubbs abrazó a su defendido. El fiscal cruzó la sala para felicitarla.

—Un buen trabajo, *miss* Dubbs —elogió.

Diana agradeció los cumplidos. Recogió sus papeles, que guardó en la cartera y, con ella en la mano, se dirigió hacia la salida.



Clark Carrados

Diana Dubbs, abogado defensor

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1529

ePub r1.0

Lds 22.01.19

Título original: *Diana Dubbs, abogado defensor*

Clark Carrados, 1979

Cubierta: Desilo

ePub modelo

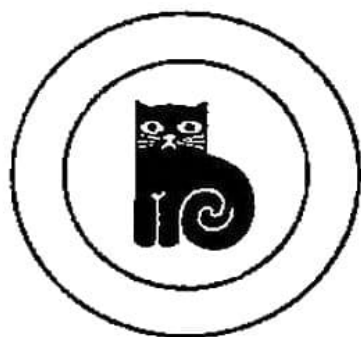
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El jurado estimó que el acusado era inocente y, en consecuencia, el juez decretó fuese puesto en libertad, exculpado por completo de todos los cargos que se habían formulado contra él.

Enormemente satisfecha, Diana Dubbs abrazó a su defendido. El fiscal cruzó la sala para felicitarla.

—Un buen trabajo, *miss* Dubbs —elogió.

Diana agradeció los cumplidos. Recogió sus papeles, que guardó en la cartera y, con ella en la mano, se dirigió hacia la salida.

Los periodistas aguardaban en el exterior. El caso había tenido una gran resonancia y las distintas sesiones del juicio habían sido seguidas con enorme interés por todo el mundo.

Relampaguearon los *flashes* y brillaron cegadoras las lámparas que daban luz a las cámaras de cine y TV. Diana Dubbs aguantó estoicamente el alud de preguntas que llovían sobre ella de todas partes.

Un locutor se desgañitaba:

—Esta hermosa y joven abogado ha conseguido un gran triunfo contra el avezado fiscal del Distrito, destruyendo hábilmente las pruebas y argumentos dirigidos contra su defendido...

Uno de los entrevistadores logró salvar la barrera que le separaba de Diana y acercó el micrófono a sus labios.

—*Miss* Dubbs, habla Norden, de la cadena de televisión ANXC. Por favor, diga a nuestros televidentes... Es una pregunta muy breve, muy corta... No la molestaré más, se lo prometo. Dígame, ¿creía usted en la inocencia de su cliente?

Diana caviló apenas un instante. Pero su respuesta fue rotunda, inequívoca:

—Si no hubiera creído en la inocencia de mi cliente, no le habría

defendido.

Aquella misma tarde, la imagen de Diana apareció en la pantalla de un televisor. Se veía radiante, con el pelo corto, muy rubio, cuidadosamente peinado, sin reflejar en absoluto la tensión de los días precedentes, como si se hubiera preparado especialmente para situarse ante las cámaras. El hombre que estaba frente al televisor oyó la pregunta y la respuesta y soltó una agria carcajada.

—Comedia, pura comedia —dijo, entre eructo y eructo—. Esos picapleitos defenderían a cualquiera que les diese «pasta» en abundancia, aunque fuese el asesino de sus propios padres.

Tiró la lata vacía a un rincón, volvió a eructar y apagó el televisor casi de un puñetazo. Luego fue a tumbarse en el camastro que había en un rincón de la sala.

Una mujer asomó a los pocos instantes.

—¿Te molesto, *Cuttie*? —preguntó.

Craig Millman, alias «Cuttie», gruñó algo ininteligible y se volvió de cara a la pared.

—Muérete, vaca —dijo.

A los pocos minutos, roncaba estrepitosamente. La mujer, resignadamente, empezó a recoger las latas vacías que estaban esparcidas por el suelo. Con cuidado, abrió la ventana para que se fuese el hedor a cerveza pasada que invadía la estancia. Luego miró al durmiente y meneó la cabeza pesarosamente.

—No tiene remedio —murmuró—. Tan joven... y ya está perdido.

* * *

La calle estallaba en anuncios luminosos que, en ocasiones, parecían una tormenta de relámpagos sin truenos. El señor y la señora Hankins disfrutaban de lo lindo, contemplando el exterior de la vida nocturna de la ciudad. De cuando en cuando, se detenían, para que él o ella, según los casos, obtuviese una placa del flamante cónyuge, contra el fondo de vivísimas luces multicolores, que casi hacía día de la noche. La película, ultrasensible, hacía innecesario el uso del *flash*.

Un poco más adelante, Rock Walters se disponía a gozar de la noche. Era un hombre joven, elegante, vestido con un traje a

medida, camisa de seda, corbata italiana y zapatos espejeantes, Al salir de la casa, echó aliento en los anillos que llevaba en la mano izquierda y los frotó contra la solapa de su chaqueta.

Rock Walters no reparó en el coche que estaba parado frente a la casa y contra el que se hallaba apoyado un hombre, en actitud meditabunda, la cabeza gacha y los brazos cruzados sobre el pecho. Walters miró a derecha e izquierda, satisfecho de la existencia, y dio el primer paso fuera del portal.

Entonces, el hombre meditabundo se despezó. Su mano derecha abandonó la protección del brazo izquierdo. Los ojos de Walters empezaron a dilatarse al ver el revólver encarado hacia su cuerpo.

El primer disparo le hizo dar una vuelta entera sobre sí mismo. El revólver continuó disparando, hasta que Walters se desplomó sobre la acera, mientras el asesino, tranquilamente, se metía en el coche que, pilotado por un cómplice, arrancó de inmediato del lugar de los hechos.

El asesino y su cómplice ignoraban que el señor Hankins había apretado también el disparado de su cámara, justamente en el momento en que Walters recibía el primer proyectil en su cuerpo.

* * *

Diana Dubbs arrugó la nariz al subir por la hedionda escalera. Se preguntó cómo era posible que aquel hombre hubiera caído tan bajo. Aunque le habían informado de su situación actual, se había negado a creerlo, hasta no verlo con sus propios ojos. Diana empezaba a arrepentirse de haber tomado aquella decisión, pero al mismo tiempo, tenía el presentimiento de que el hombre al que buscaba era el único que podía ayudarla en su crítica situación.

Al fin, llegó ante una puerta y tocó con los nudillos. Una mujer pintarrajeada, de senos bolsudos y mirada hosca, apareció casi en el acto.

—¿Qué deseas, muñeca? —preguntó desabridamente.

Diana volvió a vacilar, pero su indecisión duró muy poco.

—Me han dicho que vive aquí un tal Craig Millman —manifestó.

La mujer recorrió con la vista el esbelto cuerpo de la visitante. Diana vestía un sencillo traje de chaqueta, de hilo, color claro,

zapatos de piel de cocodrilo y llevaba un bolso a juego. La indumentaria era sencilla, pero cara.

—¿De dónde has salido, encanto? ¿Te has escapado de la portada de alguna revista de modas? —preguntó burlonamente—. Pero buscabas a *Cuttie*... Anda, entra, míralo... Debería dormir abrazado a una mujer, aunque fuese tan gorda como yo, pero prefiere la botella.

Diana avanzó un par de pasos. Tumbado sobre la cama, a medio vestir, Millman yacía boca arriba, roncando estrepitosamente, con el vello asomando por la abertura de la sucia camisa. Su mano izquierda, caía fuera del camastro, rozaba la botella casi vacía que estaba caída en el suelo.

Una cosa le extrañó a Diana: el casco con los auriculares, que Millman llevaba puesto.

—¿Por qué usa eso? —preguntó.

—Dice que así puede dormir mejor y no oye los ruidos de la calle —contestó la mujer, a la vez que se ponía un cigarrillo en los labios espesamente untados de pintura—. ¿Tienes fuego, hermosa?

Diana abrió el bolso maquinalmente y sacó un valioso encendedor de oro, con sus iniciales en platino. La gorda lo contempló durante unos segundos.

—Vale una «pasta» —comentó.

—Me lo regalaron —contestó Diana—. Oiga, ¿no se podría despertar al señor Millman? Tengo algo urgente que decirle...

Diana contempló con repugnancia a Millman. En menos de un año, había cambiado radicalmente. Siempre había sido un hombre atractivo, preocupado por su aspecto personal, que resultaba siempre impecable, a pesar de que no usaba demasiado la corbata y prefería mejor las ropas holgadas y cómodas. Pero, en todo caso, iba constantemente afeitado y en su indumentaria no se advertía jamás una mancha. Ahora... lo raro era encontrar limpio un mínimo sector de su camisa y sus pantalones.

—Está bien —dijo la mujerona—. Lo intentaré, pero no le garantizo que no empiece a botellazos con nosotras. Cuando se despierta y no es su hora, tiene un genio infernal...

Se acercó a la cama y zarandeo con violencia al durmiente.

—*Cuttie*, tienes visita... Vamos, despierta.

Súbitamente, Millman se puso en pie de un salto y echó a correr

hacia la puerta, sin reparar siquiera en Diana. Mientras corría, se arrancó los auriculares con una mano y los tiró a un lado.

Diana, asustada, gritó. La mujer se había quedado paralizada por el asombro, con la boca estúpidamente abierta.

En el último instante, cuando ya salía por la puerta, le vio llevarse la mano al bolsillo posterior y sacar un revólver. Diana quiso gritar, pero se sentía tan aturdida como la otra mujer.

Un segundo después, oyó el crujido de una puerta que saltaba violentamente. Alguien gritó.

Sonó un estampido. Un hombre aulló. Diana se asomó al pasillo y oyó la voz de Millman:

—Ha costado un poco, pero valió la pena, Brett Hooker. Quédate quieto, así, como estás, a menos que quieras que te destroce un hombro, como a tu compinche.

Llena de curiosidad, Diana se acercó a la puerta abierta y divisó a Millman, encañonando con su revólver a un individuo, que permanecía en el centro de la sala con las manos en alto. Otro, sentado en un rincón, estaba con la mano izquierda, en el hombro derecho, quejándose sordamente.

Encima de la mesa había un portafolios de ejecutivo, abierto, mostrando su contenido, una serie de pequeños saquitos de tela, cuyo contenido adivinó Diana de inmediato.

Entonces, de golpe, comprendió la verdad y se sintió infinitamente aliviada.

* * *

Millman salió del cuarto de baño, vestido con una camisa de manga corta, pantalones ligeros y mocasines. Sonreía mientras frotaba su cara con las manos, húmedas aún de la loción de afeitar. Su aspecto, reconoció Diana, había cambiado radicalmente.

—Todavía me siento pasmada —confesó ella. Le entregó un vaso —. He supuesto que te gustaría tomar un trago —añadió.

—Gracias, encanto. Apuesto algo a que te llevaste una decepción —sonrió Millman.

—Imagínate. Me lo dijeron y no podía creérmelo. Por eso fui a visitarte personalmente. Pensaba que podría... volverte a la normalidad.

—Tienes suerte, porque llegaste en el momento oportuno. — Millman tomó un sorbo—. Han sido ocho meses, no creas, y he pasado por un verdadero infierno. Pero la cosa valía la pena.

—Ocho meses —repitió ella.

—Día tras día, siempre fingiendo ser un desecho de la sociedad, una basura de dos patas, embriagándome constantemente... Bueno, lo disimulaba, claro.

—¿Y la mujer?

—Era, digamos, auténtica. No hubiera querido llevarme allí a ninguna compañera de profesión. De todos modos, la sacaré de aquel infierno cuando cobre mis honorarios.

—Pero tú no eres policía —objetó ella—. Y, por lo que pude ver, se trata de un asunto de drogas.

—Brett Hooker se dedica a todo lo que produzca dinero. Ahora, sin embargo, estaba en México y ha tardado en volver casi ocho meses. Hice un trato con él; puede que sea inmoral, pero le permití salvar la cara, dejando que la policía se llevase sólo la décima parte de la droga que tenía. A cambio, naturalmente, de los documentos con los que exprimía a mi cliente.

—Un chantaje, ¿eh?

—De diez mil mensuales; Hooker no era precisamente un pordiosero. Mi cliente me prometió cincuenta mil, si le sacaba del atolladero. Daré a Rosie diez mil, para que deje esto y se vuelva a su pueblo; aunque ella no sabía nada, lógicamente, me ayudó de una forma inimaginable.

—Hooker aceptó el trato, naturalmente.

—Entre seis meses y una multa y diez o doce años, prefirió perder la droga y los documentos. Por si no lo sabías, porque te dije que vinieras inmediatamente a mi casa, la mayor parte de la droga fue al sumidero.

—¿Y el herido?

—No pasará nada. Legítima defensa.

Ella le miró de reojo.

—Los auriculares...

Millman sonrió, a la vez que se inclinaba hacia la mesa auxiliar, para tomar un cigarrillo.

—Un detector de, sonidos muy perfeccionado —contestó—. Así pude enterarme de la llegada de Hooker...

—No cabe duda —suspiró Diana—. Eres mi hombre.

—¿De veras? —exclamó él, entusiasmado—. Diana, no sabes cuánto tiempo he deseado oírte una cosa semejante...

—No seas estúpido —le apostrofó ella—. Yo me refiero a asuntos profesionales.

—Si quieres contratarme, estás equivocada. Mañana cobraré mis honorarios y me marcharé un mes de vacaciones a Florida; han sido ocho meses horribles, como no te puedes imaginar. Tengo ganas de vivir en un buen hotel, limpio, sin parásitos, con comidas exquisitas...

—*Cuttie*, Hossup Rodden quiere que me encargue de defender a uno de sus hombres, un tal Lemmy Fuller, acusado de asesinato.

CAPÍTULO II

Millman trató de digerir la noticia, mientras arrimaba al cigarrillo la llama de su encendedor. Expulsó el humo lentamente y preguntó:

—¿Piensas aceptar?

—Sí —respondió Diana.

Millman observó que la joven se sentía muy tensa.

—Sospecho que no has aceptado de buena gana —dijo.

—Es cierto. Rodden me ha obligado.

—¿Cómo?

—Mi madre está en una residencia médica, donde la atienden de su enfermedad. No es grave, pero sí requiere un tratamiento muy largo. Rodden lo sabe. Me ha amenazado con matarla, si no acepto la defensa del asesino de Rock Walters.

—Walters, supongo, es la víctima.

—Fuller le metió cinco balazos en el cuerpo. Murió, instantáneamente.

—¿Hay testigos?

Diana rió amargamente.

—Un montón. Pero todos ellos perderán la memoria cuando sean citados a declarar ante el tribunal —contestó.

—Te vi por la televisión, después de tu último éxito. Entonces dijiste, y muy enfáticamente por cierto, que habías defendido a tu cliente porque estabas segura de su inocencia.

—«Creía» en la inocencia de mi cliente, aunque para el caso es lo mismo —puntualizó Diana—. En cambio, «sé» que Fuller es culpable.

—Y vas a defenderlo a la fuerza.

—Rodden quiere aprovecharse de mi efímera celebridad. Conoce mis declaraciones y tiene la seguridad de que mi sola presencia

impresionará a los miembros del jurado. Me da asco, *Cuttie* —dijo ella con gran vehemencia—. Defender a un repugnante pistolero...

—¿Has hablado con Rodden?

—Claro. Me hizo el honor de recibirme en su despacho, acompañado de sus dos inevitables gorilas. Cuando me negué a sus pretensiones, mencionó a mi madre. Imagínate el resto.

Diana inspiró con fuerza.

—Conseguiré que Fuller sea declarado inocente, pero quedará desprestigiada por el resto de mis días —añadió, desmoralizada.

—Se podría cambiar a tu madre de clínica...

—Rodden lo tiene previsto. Dijo que ni siquiera lo intentase.

—Hablando crudamente, te tiene cogida por el pescuezo, ¿eh?

—Así es, *Cuttie* —admitió Diana tristemente.

—Pero Rodden podría utilizar a Mac Andrews, su abogado...

—Ha tenido un par de tropiezos últimamente. Sus dos últimos clientes fueron condenados. Además, empleó unos cuantos trucos sucios y sufrió una muy seria amonestación del juez. Rodden necesita un abogado «limpio», honesto...

—Diana Dubbs, por ejemplo.

—Lo elevado de la minuta que me ha prometido no compensará jamás la pérdida de mi crédito profesional —insistió la joven.

—Hay una cosa que me extraña —dijo Millman—. Es de suponer que Fuller actuó por orden de Rodden. O, aunque lo hiciese por su cuenta, como una especie de desquite de alguna mala pasada que le pudo jugar la víctima. Pero, en todo caso, Fuller es una pieza mínima en la maquinaria de Rodden. Lo lógico sería pensar en que a Rodden le convendría no tomar partido en el asunto, evitándose así posibles complicaciones, que en nada pueden beneficiarse. ¿Has pensado tú en este punto del caso?

—No —admitió Diana—. Sinceramente, no conozco a Fuller ni sé nada de él. Es más, aún no he ido a visitarle a la cárcel.

Millman abrió los brazos.

—¡Adiós, vacaciones! —exclamó melodramáticamente.

—Entonces, ¿aceptas? —preguntó ella con acento esperanzado.

El índice de Millman apuntó hacia su huésped.

—Ve mañana a visitar a tu cliente, dile que te encargarás de su defensa. Pero, con toda discreción, sondéale acerca de sus relaciones con Rodden.

—¿Por qué?

—Cuando Rodden se interesa por un individuo de tan poca monta, sus razones tendrá... y, naturalmente, Fuller las conoce. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí —asintió Diana. Se puso en pie y sonrió—. Ahora me siento mucho más animada, *Cuttie*. ¿O te gusta más que use tu nombre, Craig?

—Los dos suenan a perlas y ámbar perfumado en tu boca —contestó él.

—Vaya lirismo —se sorprendió la joven—. ¿Omar Khayyam?

—No, Craig George Lewis Millman.

—Siempre serás el mismo —rió Diana, a la vez que le tendía la mano—. Por supuesto, aceptaré sin regatear tu minuta de honorarios.

—No te preocupes por eso, encanto.

—Y... lo que más me alegra es que tu «caída» fuese solamente ficción.

—En aquel barrio no se podía vivir como un ejecutivo de alto rango —contestó él, mientras la acompañaba hasta la puerta—. ¿Huelo aún?

Diana aspiró fuertemente.

—A limpio —repuso.

—No sabes cuánto lo he deseado. Diana, ve tranquila; no le harán nada a tu madre.

—Gracias, *Cuttie* —dijo ella, muy conmovida.

Millman se quedó solo y se sirvió una segunda dosis de escocés. Era un buen *whisky* y no la bazofia que había tenido que ingerir durante meses enteros.

Pensó en Rosie. Una mujer derrotada por la vida, que le había acogido con gran corazón. Diez mil dólares arrancarían a Rosie de aquel infierno y le permitirían volver a su pueblo sin problemas.

Luego pensó en Rodden y su protegido. ¿Qué sabía Fuller de Rodden?

Sería interesante averiguarlo.

* * *

Durmió como muchos meses atrás, sin preocupaciones, en una

cama mullida, confortable, con sábanas blancas. Apenas se despertó, fue a la bañera y estuvo sumergido cerca de una hora.

Pasadas las diez de la mañana fue al garaje y sacó su coche. Estaba cubierto, a pesar de todo, por el polvo de ocho meses, y lo llevó al lavadero, en donde se lo dejaron completamente limpio. Allí mismo había estación de servicio y ordenó; le hicieran una buena puesta a punto. Cuando acabó, cerca del mediodía, parecía que saliera de la fábrica.

Entonces, de pronto, recordó a una antigua amiga a la que hacía muchos meses que no veía. Nellie Potts se quedó estupefacta al verle entrar por la puerta de su local.

—¿Eres tú o tu fantasma? —preguntó.

Millman rió suavemente, a la vez que se encaramaba en un taburete. Contempló con ojos apreciativos a Nellie, una hermosa pelirroja, de ojos verdes, senos altos y firmes caderas. Su edad, nunca había sabido la cifra exacta, oscilaba entre los treinta y los treinta y cinco años.

—No sé qué pedir, de dos cosas que necesito con mucha urgencia —dijo—. Los fantasmas —añadió— no necesitan cosas materiales.

—Bueno, veamos si tengo eso que tanto necesitas.

—Primero, una de tus fabulosas hamburguesas, con una buena jarra de cerveza.

—¿Y segundo?

—Tú.

Nellie meneó la cabeza negativamente.

—Has llegado cuando la luna acababa de enviarme un mensaje favorable —contestó.

—¿Por qué favorable? —preguntó Millman.

—Hombre, los mensajes desfavorables de la luna significan que hay un crío en camino. Y ése no es mi caso.

Millman torció el gesto.

—Lástima, me contentaré con la hamburguesa.

—La ordenaré a la cocina ahora mismo.

Nellie se marchó y vino a los pocos momentos.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —preguntó.

—Trabajando —contestó él.

—¿Te ha ido bien?

—No puedo quejarme. Nellie, ¿qué me dices de Lemmy Fuller?

La sonrisa se borró en el acto de los labios de Nellie.

—Ojalá lo envíen a San Quintín para el resto de sus días — exclamó.

—¿Por qué dices eso, encanto?

—El grandísimo hijo de... No hace todavía un mes, vino, me obligó a ir al dormitorio y me violó.

—¡Caramba! Conociendo tu genio, ¿cómo te dejaste...?

—Me puso una navaja en la cara y amenazó con cortármela. Estaba un poco bebido, así que le dejé que se desfogase y se marchó tan contento.

—Un tipo poco recomendable, vamos.

—Ahora le tienen bien agarrado por el cuello. Pero ¿qué diablos te interesa a ti ese cochino hijo de puta?

—Conoces mi profesión. Yo hago preguntas, no doy respuestas, Nellie.

La puerta que había tras el mostrador se abrió y una mujer entregó una bandeja a la dueña del local. Millman atacó inmediatamente la hamburguesa, mientras Nellie llenaba una jarra de cerveza.

Durante unos cinco minutos, sólo hubo silencio. A mitad de la hamburguesa, Millman bebió un buen trago de cerveza y se limpió los labios.

—Nellie, ¿sabes algo de las relaciones entre Fuller y Rodden?

—No, no tengo la menor idea, pero me parece que Fuller es muy poca cosa para Rodden. Emplea gente más... «distinguida», si me sabes entender.

—En éste caso, hay algo entre los dos.

—Rodden, que yo sepa, no es maricón.

—Yo no me refería a relaciones homosexuales, encanto.

Nellie se encogió de hombros.

—¿Por qué no vas a *Lefty Sley*? —sugirió.

—No le conozco —dijo Millman, con la atención puesta nuevamente en el bocadillo.

—Tiene un salón de billares en la Octava. El nombre es *Green Blade*.

—Muy bien, iré allí. —El joven acabó el bocadillo, vació la jarra de cerveza y sacó un billete—. Guárdate la vuelta, encanto.

—Sobra un montón, tú.

—Para compresas —rió Millman desaforadamente.

Y se encaminó hacia la salida.

* * *

Le pareció que era seguido, pero no pudo comprobarlo. Minutos más tarde, entraba en el *Green Blade*.

Había unos cuantos jovenzuelos dándoles a la bola y los tacos. Otros se entretenían con diversas máquinas de juegos. Millman dudó un momento y, al fin, divisó a un tipo alto, delgado, medio calvo, con un ancho cinturón, del que pendía una máquina portátil expendedora de moneda fraccionaria.

Indudablemente, era el dueño del local. Millman se le acercó con paso medurado.

—¿Sleyn?

El hombre le miró con el mismo interés que habría puesto en una mosca muerta.

—Sí —dijo entre dientes.

—Me llamo Millman.

—Eso me deja frío, amigo. Estoy vigilando mi negocio. Juegue o lárguese.

—Dígame algo sobre Lemmy Fuller. No me mire, siga vigilando su negocio —pidió el joven.

—No conozco a Fuller...

De súbito, la mano de Millman se movió velozmente y paseó por encima de todos los resortes de la máquina monedero. Todas las monedas que había en el aparato cayeron estruendosamente al suelo.

Sleyn maldijo. Millman endureció el gesto.

—¿Le han pegado alguna vez una patada en los huevos, amigo?

Hubo un momento de silencio.

Sleyn vacilaba.

—Fuller no lo hizo —dijo al cabo.

—¿Cómo lo sabe?

—Estaba aquí, jugando al billar.

—¿Lo ha declarado a la policía?

—Aún no, pero lo haré...

—¿Cuándo, *Lefty*?

—Maldita sea, déjeme en paz —pidió el hombre, exasperado.

—Miente —acusó Millman—. Fuller no estaba aquí, a la hora en que murió Walters.

Sleyn guardó silencio.

—¿Se lo ha ordenado Rodden? —preguntó Millman.

—Por favor, déjeme —pidió, Sleyn con voz crispada.

Millman se dio cuenta de que el hombre tenía un pánico enorme. Rodden le había dado ciertas órdenes y Sleyn debería cumplirlas o atenerse a las consecuencias.

—Es curioso —dijo—. Si Fuller estaba aquí, a la hora en que se cometía el crimen, ¿por qué no ha ido a declararlo a la policía? Fuller estaría ya en la calle, ¿no le parece?

—No le diré una sola palabra más, aunque me mate —respondió Sleyn.

—Muy bien.

De pronto, Millman le dio un empujón, y lo hizo retroceder, trastabillando. Luego gritó:

—¡Eh, chicos, aquí hay «pasta» para vuestros juegos!

Una docena de muchachos de todos los pelajes, se precipitaron aullando como indios en el sendero de la guerra, hacia las monedas esparcidas por el suelo. Millman rió al ver los inútiles esfuerzos que hacía Sleyn para recobrar el dinero.

Luego se encaminó hacia la puerta. Al salir, dos hombres se situaron a sus flancos, actuando con precisión militar.

—Acompáñenos, Millman —dijo uno de ellos.

Había un coche negro parado detrás del suyo. Millman comprendió en el acto las aprensiones de Sleyn. Sin duda, había visto a los gorilas y, al reconocerlos, se había puesto muy nervioso.

—De acuerdo, caballeros —contestó.

CAPÍTULO III

El coche arrancó de inmediato, pilotado por un silencioso conductor. Millman había reconocido a los dos hampones. Eran Zingo Ackers y Jup Neames, éste un gigantesco negro, de más de dos metros de altura y ciento diez kilos de peso, capaz de romper los tabiques a puñetazos. En cuanto a Ackers, ofrecía un aspecto corriente a primera vista, pero bastaba captar la expresión de sus ojos para apreciar cuál era su verdadero carácter.

Lo primero en que pensó Millman fue en que le habían seguido desde el primer momento. Aquellos tipos, tenía la seguridad, no estaban relacionados en modo alguno con Hooker, de modo que no se podía hablar de desquite. Eran gente profesional, fría y eficiente. Trabajaban para Rodden, no cabía duda.

Millman se dio cuenta de que no adelantaría nada haciendo preguntas, por lo que permaneció silencioso. Sólo habló una vez, para expresar sus deseos de fumar, pero Ackers le ofreció ya un cigarrillo encendido, de tal forma, que muy pronto supo que los dos hampones no tenían ganas de entablar una conversación.

Media hora más tarde, el automóvil se deslizó por una explanada, en la que había un par de furgones, deteniéndose ante un gran almacén de aspecto bastante destartado. Neames fue el primero en apearse, tirando del brazo de Millman.

El joven se dejó llevar. Ackers iba tras ellos. El conductor quedó en su puesto, distraído con la radio que acababa de encender.

Ackers movió la puerta deslizante y pasaron al otro lado. Millman se encontró en un vasto recinto, en el que se veían apiladas algunas cajas y fardos. De pronto, sintió un empujón y chocó contra una pila de fardos que contenían algo blando.

El negro le miró con expresión sonriente.

—No nos lo tengas en cuenta, chico —dijo—. A nosotros nos mandan y cumplimos órdenes, ¿sabes?

—Al menos, dime de qué se trata —pidió Millman.

Ackers estaba poniéndose unos nudillos de acero.

—Vamos a quitarte las ganas de meter la nariz donde no debes —dijo.

Millman le miró fijamente. Contra lo que pensaba, iba a ser Neames el que actuase en primer lugar, seguramente, porque era más fuerte y así le debilitaría, para que Ackers pudiera utilizar su manopla metálica. El gigante de color hinchó el pecho un par de veces, más por atemorizar a su prisionero, que por verdadera necesidad.

Entonces, Millman notó algo duro en la espalda. Detrás de él, apoyada en la pila de fardos, había una tabla. Riendo perversamente, Neames se precipitó hacia él, con el puño derecho adelantado.

Súbitamente, Millman saltó a un lado. Mientras giraba, agarró la tabla con ambas manos. Casi era más un garrote: medía metro y medio y tenía una anchura de ocho o diez centímetros, por tres de grueso.

Fallado el golpe, Neames trastabilló ligeramente, pero empezó a volverse hacia su izquierda, a fin de atacar nuevamente. Entonces, la tabla giró horizontalmente, con tremenda violencia.

Se oyó un terrible estallido. Los ojos de Neames dieron vueltas en sus órbitas y sus rodillas se doblaron. Ackers se dio cuenta de que algo no iba como había calculado y, olvidándose de los nudillos de acero, trató de sacar la pistola.

Pero aquella «herramienta» retrasó su gesto, la tabla le golpeó malignamente en el lado izquierdo de la cara. Ackers dio una vuelta completa sobre sí mismo y se desplomó instantáneamente sin sentido.

De pronto, Millman percibió un sonoro resoplido. Saltó hacia atrás, justo a tiempo para evitar la arremetida del hércules de color, que se había recuperado un tanto y cargaba contra él con la cabeza gacha.

Millman dio un paso hacia atrás y la tabla cayó furiosamente sobre los riñones de Neames, de cuya garganta se escapó un aullido de dolor. Antes de que se recuperase, Millman le arreó un nuevo

golpe en las posaderas, haciéndole dar un tremendo salto, que lo llevó a cuatro o cinco metros de distancia.

Neames se revolvió, enloquecido de furia. Había recibido ya tres golpes, cada uno de los cuales era capaz de derribar a un hombre corriente, como era Ackers, y él, en cambio, no había podido colocar uno solo al hombre que habían estimado presa fácil desde el primer momento. Sangrando por la oreja izquierda, se precipitó de nuevo al ataque.

Millman le recibió utilizando la tabla a modo de lanza y dirigida a su cara. El borde inferior golpeó la enorme nariz de Neames, haciendo brotar la sangre a chorros. Neames manoteó frenéticamente, tratando de apoderarse de la madera. Con enorme rapidez, Millman golpeó sucesivamente sus manos, obligándole a apartarlas.

Entonces lanzó el golpe final, dirigido al cráneo del hampón. Neames emitió un sordo gruñido y se desplomó al suelo, inconsciente.

Millman respiró afanosamente. Estaba envuelto en sudor. Y se sentía también muy furioso. De no haber sido por la tabla, ahora estaría destrozado a golpes. Conocía a los tipos de la calaña de Ackers y Neames: gozaban sádicamente, haciendo daño a las personas. Aquella pareja había dejado tras sí un largo rastro de caras deshechas y huesos rotos, sin contar algún asesinato del que no se habían tenido noticias jamás.

No eran gente por la que se pudiera sentir compasión y no la sentía. Un poco más tranquilizado, se acordó del conductor del coche, que seguía aún en su sitio.

En un par de saltos llegó al portón y abrió una rendija. El chófer seguía aún en su puesto, sentado tras el volante, los dedos tamborileando sobre la repisa delantera. Millman terminó de abrir, se agachó y corrió así hasta llegar junto al automóvil, por la parte trasera.

Agazapado, se acercó cautelosamente a la portezuela delantera. De súbito, abrió con la mano izquierda. Con la derecha, tiró del conductor, arrancándolo de su asiento.

El hombre, terriblemente sorprendido, rodó por tierra. Al tratar de incorporarse, un zapato se estrelló contra su boca. Millman oyó ruido de labios aplastados y dientes rotos. El sujeto cayó de

espaldas en el acto.

Millman se sentó tras el volante. En el momento de arrancar, reconoció la melodía que brotaba de la radio.

Sonriendo, miró al conductor, que apenas si rebullía, y le dijo una palabra que cuadraba perfectamente con la conocida melodía hawaiana que se emitía en aquellos instantes:

—¡*Aloha!*

* * *

Diana abrió la puerta de su apartamento y miró sorprendida al hombre que estaba en el umbral.

—Pensaba ir a tu casa —dijo ella.

—No lo hagas —dijo Millman—. Es mejor que venga yo a verte, a menos que la cosa sea muy urgente.

—¿Qué pasa, *Cuttie*? —preguntó Diana, muy alarmada.

—Creo que te han seguido. O, por lo menos, me han seguido a mí. Hombres de Rodden, por supuesto.

—¿Estás seguro?

Millman sonrió.

—He peleado con tres de ellos —contestó.

Diana le miró críticamente.

—No tienes la menor señal en la cara y tus ropas aparecen impecables —alegó.

—No les di tiempo a tocarme. Encontré un buen garrote y les di un magnífico vapuleo. Pero estaban dispuestos a darme una paliza, de las que te tienen tres meses en un hospital.

—¿Por qué? No lo entiendo...

—Está claro. Rodden no quiere que ahondes demasiado en el caso y que te conformes con las informaciones que él estime convenientes para la defensa de tu cliente.

Diana asintió, meditabunda.

—Es cierto —murmuró—. Me ha dado algunos informes y enviado nombres de cinco personas que presenciaron el crimen, pero que juran no fue Fuller. Ha dicho que es todo lo que necesito para defender al acusado.

—Magnífico. Así da gusto ser abogado —exclamó Millman sarcásticamente—. Oye, no eres una buena anfitriona. Ni siquiera

me has ofrecido un trago.

—Perdona, pero estoy muy preocupada...

—Cerveza, por favor. —Millman se puso una mano en el estómago—. Las hamburguesas de Nellie Potts son manjar de dioses mientras las estás comiendo, pero luego se repiten que es un contento.

Diana sonrió y fue a la cocina, para volver a poco con dos latas de cerveza y una gran jarra sobre una bandeja.

—Muy bien —dijo él, después del primer trago—. Volvamos al asunto que nos interesa. Tienes los nombres de cinco testigos, que presenciaron el crimen y que juran que el asesino no es Fuller.

—Así es, *Cuttie*.

Millman señaló una mesa.

—Siéntate y escribe esos nombres —ordenó.

—Me gustaría hablar con los testigos...

—Deja que yo me encargue de esa parte del asunto. Anda, escribe.

Diana accedió finalmente. Momentos después, entregaba la lista a su visitante. Millman la leyó con gran atención. De pronto, sonrió.

—Conozco a esta prójima —murmuró—. Tendré que hablar con ella.

—¿Conoces a Iris Suttley? —se extrañó la abogada.

—Un poco —contestó él evasivamente. Frunció el ceño—. Dentro de lo que es, me extraña muchísimo que haya accedido a prestarse a semejante comedia.

Miró a la joven y sonrió brillantemente.

—Pero no hay por qué apurarse —dijo—. Todo saldrá bien. A propósito, ¿qué dice el acusado?

—Está muy seguro de su posición. Fanfarronea constantemente. Dice que Rodden le sacará de este lío. No ha dado más detalles, pero me parece ver algo extraño en su actitud. Es como si supiera algo grave de Rodden, que a éste no le conviene se divulgue, ¿comprendes?

—Es lo que he sospechado desde el primer momento —convino Millman—. Fuller pudo o no actuar por orden de Rodden, pero, en todo caso, sabe que éste le sacará del apuro que supondría una condena de por vida. Hasta ahora, evidentemente, Rodden ha considerado al asesino como una cosa insignificante, pero se ve con

claridad que en este mundo no hay enemigo pequeño.

—Yo me encuentro descentrada —confesó Diana—. No estoy habituada a tratar con esta clase de gente.

—Gentuza —puntualizó él—. ¿Sabes?, yo he hablado con uno que jura que Fuller estaba en su local, a la hora que se cometía el crimen.

Los ojos de la joven se dilataron.

—¿Y por qué no lo ha declarado así a la policía? —exclamó.

—Yo también me extrañé mucho de que el tipo no lo hubiera dicho, pero creo haber llegado a una conclusión. Si ahora ese hombre proporcionase la coartada a Fuller, luego, más adelante, podría desdecirse. En cambio, si lo declara ante el tribunal, Fuller será absuelto y ya no se le podrá juzgar de nuevo por un delito del que ha sido declarado inocente.

—Completamente cierto —admitió Diana—. Una jugada muy astuta, ¿no te parece?

Millman hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué sabrá ese condenado Fuller de Rodden? —murmuró—. Me gustaría verlo al aire libre; entonces, me diría... Pero detrás de unas rejas, se reirá de mí...

Súbitamente, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—¡Eh!, ¿adónde vas? —preguntó Diana.

Millman se volvió, con la mano en el pomo, sonriendo anchamente.

—Tengo que preparar la entrevista con Iris Suttey —contestó.

—¿Hace mucho que la conoces?

—Oh, sí, algunos años. Tiene cuarenta y siete, pesa ciento veinte kilos y le huele el aliento, que tira de espaldas.

Diana abrió la boca. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, se había quedado sola.

Unos segundos después, el timbre del teléfono la sacó de su estatismo. Levantó el aparato y pronunció su nombre:

—Diana Dubbs.

—Soy Rodden. Deseo decirle una cosa, señorita Dubbs.

—Sí, señor.

—Despida a su detective. No le necesita para nada.

—Señor Rodden, si quiere que defienda a Fuller, habrá de

permitir que lo haga a mi manera. ¿Está claro? —contestó ella, muy sulfurada.

—Le he dado una orden. Cúmplala o aténgase a las consecuencias.

—Oiga, no le tolero...

—¿Quiere gastarse veinte dólares en un ramo de rosas para la tumba de Millman?

Diana se quedó helada, sin saber qué responder.

—Despida a Millman. No quiero verle más con usted, ¿me ha oído? —añadió Rodden—. Piense en su madre, señorita Dubbs.

—Sí, señor Rodden.

—Y utilice exclusivamente los informes que yo le proporcione.

—Escuche —gritó ella bruscamente—. ¿Por qué le preocupa tanto un matoncillo de tres al cuarto? ¿Tiene miedo de lo que pueda decir Fuller, si no le saca de este aprieto?

Al otro lado de la línea sonó una espantosa maldición. Luego, Rodden, con voz trémula por la ira, contestó:

—No se meta en honduras, muchacha. Haga exactamente lo que le ordeno y todo marchará bien... para todos.

Y colgó.

A pesar de lo ocurrido, Diana se sentía satisfecha.

Rodden, era evidente, tenía miedo.

¿De qué?

Hablaría con Fuller. Era la mejor forma de saberlo.

CAPÍTULO IV

Iris Suttey abrió la puerta. Iba espectacularmente ataviada con un peinador de color fuego, debajo del cual se apreciaban el sostén y las bragas, de encajes negros, escasamente tupidos. Reconoció al visitante y levantó las cejas.

—¿Debo arrojar flores a tu paso? —preguntó—. ¿O he de contratar una banda de música para celebrar el acontecimiento?

Millman sonrió, a la vez que ponía algo en las manos de la mujer.

—Viene envuelta en hielo —dijo.

—¿Qué es? —quiso saber Iris, al recibir la caja cuadrada y alargada que le entregaba Millman.

—Lo justo que necesitamos para celebrar el encuentro. Anda, prepara dos copas. —Le quitó la caja de nuevo—. Yo la descorcharé.

—Una vez oí decir a alguien que no se debe uno fiar del que le hace regalos, sobre todo, si es amigo.

—Quería decir enemigo, pero yo no lo soy, me parece —rió Millman, mientras se disponía a abrir la caja.

—Lo eres, porque has estado casi un año sin dejarte ver.

Iris abrió un aparador y sacó dos copas. El taponazo del champaña se oyó casi en el acto. Millman llenó las copas y levantó la suya.

—Por tu enemigo-amigo.

Ella le miró cautelosamente.

—¿Qué buscas de mí, *Cuttie*?

—¿Te lo digo de verdad?

—Sí.

—Voy a serte sincero. Y tú también debes serlo conmigo.

—Según de qué se trate, *Cuttie*.

—De un granuja llamado Lemmy Fuller.

Iris guardó silencio un instante. Su pecho opulento se agitó con violencia.

—No tengo nada que decir —contestó.

—Rodden te ha metido el miedo en el cuerpo. Naturalmente, te ha dado también dinero. Más o menos, ha dicho: «Toma esto, guapa, y cierra el pico, hasta que llegue la hora del juicio... Entonces, dirás que presenciaste el crimen, pero que su autor, no fue Lemmy». ¿En cuánto me equivoco, Iris?

Ella le volvió la espalda bruscamente.

—Has acertado de lleno —dijo con voz opaca.

Millman se acercó a la joven y le puso las manos en la cintura.

—Iris, dime, ¿qué sabe Fuller acerca de Rodden? —preguntó a media voz.

La joven inspiró con fuerza.

—No lo sé exactamente, pero debe de ser algo muy gordo. Hace algún tiempo, estuvimos juntos un rato... No en la cama, como te imaginas, sino tomando unas copas. Estábamos en un bar que, aunque tiene un dueño aparente, pertenece a Rodden. Fuller le acaricio los pechos a una camarera y ella se enfadó. Fuller le tiró una botella a la cabeza. Suerte que sólo la tocó de refilón; si no, la mata allí mismo. Yo le dije que eso no le iba a gustar a Rodden y él se echó a reír y dijo que tenía a Rodden en un puño. Algo debe de haber de cierto en el asunto, porque Rodden no le hizo nada. A otros, por mucho menos, les han dado una paliza de muerte.

Iris hizo una pausa para tomar aliento.

—Fuller no trabajaba y siempre tenía dinero en los bolsillos. Cuando se lo comenté, dijo que tenía en casa un grifo y que le bastaba abrirlo, para que manasen billetes, en lugar de agua. Es todo lo que sé, *Cuttie*, te lo juro —exclamó bruscamente, a la vez que se volvía hacia el joven.

Millman asintió con gesto comprensivo. Llenó la copa otra vez y se la entregó a Iris.

—Bebe —aconsejó.

Iris vació la copa de un trago. Luego le miró con ojos húmedos.

—Esto no me gusta en absoluto, pero ¿qué puedo hacer? —dijo, afligidamente.

—Nada, sino seguir al pie de la letra las instrucciones de Rodden —contestó Millman—. Gracias por todo, encanto.

—¿Te marchas? —preguntó ella.

—Sí. Ya he terminado...

—Si no has empezado siquiera, hombre.

Millman sonrió. Se acercó a la joven y soltó los lazos del peinador, que cayó al suelo en seguida. Luego, muy despacio, le quitó el sostén y besó sucesivamente los rosados vértices de unos senos redondos, muy firmes. Iris puso la mano en la nuca del joven y le aplastó la cara contra su pecho.

—*Cuttie...*

—Sí, encanto.

—Te demoras mucho... en empezar...

—Me gusta la comodidad, me gusta hacer las cosas sin prisas —dijo él, sin dejar de acariciarla—. Así, todo sabe mucho mejor...

—Entonces, vamos, vamos —dijo ella con voz crispada por el deseo.

* * *

La habitación estaba a oscuras. De cuando en cuando, entraba una ráfaga de luz, procedente de un alto anuncio de neón, situado en la terraza del edificio que había al otro lado de la calle.

Los chispazos multicolores llegaron a las retinas de Millman y le hicieron emitir un reniego. No le cabía en la cabeza que alguien pudiera vivir en un apartamento en donde no se podía mantener la oscuridad por la noche, a menos que se cerrase la ventana herméticamente y se corriesen las cortinas.

En cambio, a su lado, Iris dormía apaciblemente, con los negros cabellos esparcidos sobre la almohada. Al cabo de unos momentos, Millman, desvelado, se puso en pie.

Buscó en sus ropas. Encontró el tabaco y se puso un cigarrillo en los labios. Entonces, súbitamente, entró la sombra de un fantasma en la habitación.

Millman la vio, proyectada en la pared, enorme, siniestra. La sombra desapareció un segundo después, cuando el rótulo luminoso se apagó momentáneamente.

Volvió la cabeza hacia la ventana. Había allí un hombre,

manipulando en alguna cosa. El rótulo se encendió de nuevo y la sombra de la pistola pareció la de un cañón.

Millman comprendió en el acto las intenciones del sujeto. Había subido por la escalera de incendios, que daba a la ventana contigua. Pero había una ancha cornisa, de más de treinta centímetros, lo cual le había permitido llegar al dormitorio.

La pistola se puso horizontal. Millman saltó hacia adelante y golpeó el vientre del asesino con el puño.

Se oyó un agudo chillido. El asesino abrió los brazos y se precipitó de espaldas en el vacío. Millman se estremeció al oír el terrorífico sonido del choque del cuerpo humano contra el asfalto, situado a seis pisos más abajo.

Iris se despertó sobresaltada.

—¿Qué ha sido eso, *Cuttie*? —preguntó.

—Nada de particular —contestó él—. ¿Quieres fumar?

Iris se pasó una mano por la frente.

—Me pareció haber oído un grito... Oye, de pronto he recordado una cosa. Fuller solía ir acompañado por un tal Rory Laine. Es un fotógrafo... ocasional. Fuller es un tipo caprichoso. A veces, hacía que Rory le sacase fotografías cuando estaba con una chica. O con dos, según su humor.

Millman le entregó un cigarrillo encendido.

—¿Dónde vive Laine? —preguntó.

—Tiene un estudio en Lake Road, seis mil ciento noventa. Pero es sólo la tapadera de otros negocios, aunque, desde luego, tiene laboratorio de revelado y demás. Habla con él, puede resultar interesante.

—Lo haré —dijo Millman.

De pronto, se oyó jaleo en la calle.

—¿Qué pasa? —preguntó Iris.

—En cuanto se haga de día, haz el equipaje y lárgate de la ciudad durante una temporada.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

Una sirena aulló, acercándose rápidamente. Millman se asomó un instante a la ventana. Un coche patrulla llegaba en aquel momento, con gran chisporroteo de luces.

Al pie del edificio, se veía un bulto inmóvil, con los brazos y las piernas en aspa. Millman se retiró de la ventana, corrió las cortinas

y volvió a meterse en la cama.

—Dentro de algunos minutos subirán los policías a preguntarnos si hemos visto algo. Diremos que no; estábamos dormidos profundamente.

—Pero ¿qué ha pasado? —exclamó Iris, muy alarmada.

—Un tipo quería asesinarte —dijo él.

Iris lanzó un gemido.

—Resbaló en la cornisa y cayó a la calle —mintió el joven—. Pero tenía una pistola con silenciador. Por eso te digo que debes abandonar la ciudad apenas se haga de día.

* * *

—¿Por qué asesinó usted a Walters?

Lemmy Fuller era un individuo joven, delgado, de poca envergadura, con el pelo casi albino y la cara chupada llena de granos. Diana sentía asco cada vez que se veía frente a un espejo en el que, pese a su juventud, se advertían ya todos los vicios posibles... Probablemente, no había cumplido los veinticinco años, pero aparecía ya gastado por la vida de disipación que llevaba constantemente.

—Yo no maté a Walters, abogado —dijo, riendo suave, pero cínicamente.

—Oh sí, usted lo mató. Lo que sucede es que tiene buenos padrinos y le van a sacar libre de este embrollo —manifestó la joven.

—Miss Dubbs, soy inocente. —Fuller se puso las manos en el pecho—. Alguien me quiere mal y dijo que yo lo había hecho; por eso estoy aquí. Pero en el momento del juicio, resplandecerá la verdad y yo seré declarado inocente.

Diana contuvo los deseos que sentía de levantarse y abandonar aquel repugnante individuo. Sólo el recuerdo de la amenaza que pendía sobre su madre, la obligó a seguir clavada al asiento.

—Señor Fuller, usted es muy amigo de Hossup Rodden.

—Un poco —contestó el preso ambigualmente.

—Quizá no sea un amigo íntimo en el estricto sentido de la palabra, pero es evidente que Rodden se ha tomado interés por usted.

—Rodden no abandona jamás a los amigos en desgracia, aunque no sean íntimos.

—¿No será porque usted sabe algo de él, que le compromete gravemente, y que podría sacar a relucir, si Rodden no le ayudase en este conflicto?

Los ojos de Fuller destellaron súbitamente.

—No tengo nada más que decir —contestó secamente.

Pero estaba muy nervioso, apreció Diana, satisfecha hasta cierto punto.

—Gracias, señor Fuller —dijo, a la vez que se levantaba.

La mano derecha del preso se alzó súbitamente.

—Espere —pidió.

Diana le miró de arriba abajo.

—¿Tiene algo más que decirme? —preguntó.

Fuller dudó un momento.

—No —dijo al cabo, meneando la cabeza—. Simplemente, no me fío de usted.

—¿Por qué? Soy su defensora...

—A la fuerza. Si le hablase sinceramente, iría a la policía, en lugar de visitar a Rodden. Eso no me conviene en absoluto. Prefiero que todo siga como hasta ahora.

—Señor Fuller, usted sabe positivamente que Rodden tiene miedo, pero el suyo no es menor.

Las manos de Fuller temblaban convulsivamente. Diana apreció sudor en su frente granujienta.

—Sí, tiene un miedo espantoso, a pesar de todo —se despidió.

Cuando salía del edificio, vio un coche negro parado ante la gran escalinata. Alguien agitó una mano hacia ella.

Diana se acercó al coche y pudo contemplar la cara redonda, perfectamente rasurada de Hossup Rodden, con la apariencia de un próspero y pacífico hombre de negocios. Sentados en el asiento delantero, había dos sujetos de aspecto impasible, vestidos de oscuro, tan inmóviles como si fuesen estatuas de piedra.

—¿Señor Rodden?

—Acaba de hablar con Fuller, me imagino.

—Sí, señor. Está muy animado, muy contento —mintió la joven—. Se ha deshecho en alabanzas hacia usted y me ha dicho que lo considera como si fuese su propio padre.

Rodden la miró incrédulamente.

—¿Eso le ha dicho? —preguntó.

—¿Por qué iba a decir otra cosa? Tendría que haberle visto cuando estábamos hablando. Incluso me ha dicho: «Cuando vea a mi protector, dele un beso en mi nombre». ¿Quiere que se lo dé?

—No, gracias —refunfuño el sujeto.

—Algunos sí aceptarían —sonrió Diana.

—Dejémonos de tonterías. Haga su papel y todo marchará bien, ¿entendido?

—Sí, señor.

—¿Ha despedido ya al detective?

—No, porque no he tenido ocasión de hablar con él. Pero lo haré apenas lo vea o me llame por teléfono.

—Perfectamente. Gracias por todo, *miss* Dubbs.

—Ha sido un placer, señor Rodden.

—No mienta —gruño el sujeto—. ¡Adelante, Whittie!

El coche arranco. Diana se quedó en la acera, contemplando el alejamiento del vehículo, con la sonrisa en los labios.

Pero, de pronto, se puso muy seria. ¿Cómo se las arreglaría para simular el despido de Millman?

Porque, en modo alguno, pensaba renunciar a la ayuda del único hombre que, en su opinión, estaba en condiciones de ayudarla.

CAPÍTULO V

Aquél era el estudio fotográfico. Bueno, en apariencia. A saber qué cosas inconfesables haría su dueño, ninguna de las cuales, por supuesto, estaban permitidas por las leyes. Drogas, proxenetismo, extorsión... De todo lo que se mencionaba en el código penal y más aún debía de ser capaz el dueño, Rory Laine.

La cortina del único escaparate estaba corrida. Había otra análoga, aunque más estrecha, en la puerta. Millman observó, sin embargo, la ausencia de un cartel que indicase los motivos por los cuales no se encontraba el dueño al frente de su negocio.

La casa donde se hallaba el estudio fotográfico formaba esquina con un callejón lleno de cubos de basuras y cajas de madera vacías y astilladas. Millman se asomó a la esquina y vio una tapia que parecía indicar daba a un patio trasero.

Avanzó unos pasos por el callejón. Había una puerta de madera, desvencijada, cerrada solamente con un sencillo picaporte. La abrió y se encontró en un patio abandonado, con algunos trastos viejos, y una hierba amarillenta y raquítica. Un lugar verdaderamente deprimente, situado casi en el centro de la gran urbe.

Avanzó hacia la puerta posterior y tanteo el pomo. No estaba cerrada con llave y pudo abrir con facilidad.

Entonces, un extraño olor asaltó su pituitaria. Tardó un segundo en identificarlo, pero supo muy pronto que ya no podría hablar con Rory Laine.

Siguió avanzando. A medida que ganaba terreno, podía darse cuenta de la devastación. Todo estaba absolutamente revuelto y los muebles de madera desventrados y deshechos a golpes y hachazos.

El laboratorio estaba completamente patas arriba. *Ni un ciclón habría causado en él semejantes destrozos*, se dijo Millman.

En el cuarto de baño, también arrasado, encontró, sin embargo, un frasco de colonia intacto. Sacó un pañuelo, lo empapó de perfume y se lo puso ante la nariz.

Así pudo soportar mejor el hedor a muerte. Al menos, calculó, hacía tres días que Laine estaba muerto.

Lo encontró en su dormitorio, atado a la cama por las muñecas y los tobillos. Era un espectáculo indescriptible. Millman no había visto jamás tan horrible muestra de sadismo.

Tragó saliva varias veces, a fin de dominar las náuseas que sentía. Laine había sido espantosamente torturado. Al finalizar, uno de sus verdugos le había cortado el cuello.

Zumbaban las moscas en torno al cadáver. Millman abandonó aquel horrible lugar, aunque conservó la serenidad suficiente para hacer un rápido recorrido por el resto de las habitaciones, incluyendo la tienda, cuyas estanterías aparecían completamente vacías. Si había habido algo de valor, los esbirros de Rodden se lo habían llevado a fin de simular un robo.

Pero no se trataba de un robo, sino de algo más grave, convencido de que no iba a encontrar nada interesante, dio media vuelta y se marchó. En el patio, respiró profundamente. Tenía que avisar a la policía, pero, como no quería compromisos, lo haría anónimamente.

Llegó a su casa y le pareció que llevaba aún adherido el olor a muerte. El agua de la ducha y el jabón aliviaron bien pronto sus aprensiones. Cuando se secaba con la toalla, sonó el teléfono.

Sin secarse por completo, corrió a la sala. Era Diana.

—Te he estado llamando varias veces —manifestó la joven.

—Lo siento. Tuve trabajo —se disculpó él—. ¿Has hablado con Fuller?

—Sí. Tenías razón. Sabe algo de Rodden.

—Y no te lo ha querido decir.

—No, aunque he podido adivinar que se siente como si lo tuviera con una cuerda al cuello. No ha querido decirme de qué se trata. Cuando le pedí que lo hiciera, dijo que entonces yo iría a la policía, en lugar de decírselo a Rodden. ¿No tienes alguna idea de lo que pueda ser, *Cuttie*?

—Una fotografía, seguro.

—¿De veras?

—Fuller tenía un amigo íntimo, llamado Rory Laine. Fui a verle. Cuando llamaste tú, estaba quitándome de encima el olor de un cadáver de tres días.

Diana lanzó un grito de sorpresa:

—¡*Cuttie*!

—Como lo oyes. Laine era fotógrafo, al menos oficialmente. Su estudio estaba totalmente devastado. A él lo torturaron de una forma que no te puedes imaginar siquiera. Luego, acabaron por cortarle el pescuezo.

—Dios mío, es horrible...

—Los asesinos buscaban algo. Si lo encontraron o no, es cosa que sabremos muy pronto.

—¿Lo crees así, *Cuttie*?

—Estoy convencido, Diana.

—Oye... He hablado con Rodden. Me aguardaba a la salida del edificio de los juzgados.

—Una noticia interesante —comentó Millman—. ¿Qué te ha dicho ese pajarraco?

—Me ha ordenado que te despida, *Cuttie*.

Millman guardó silencio unos instantes. Diana se impacientó.

—¿No me contestas? —preguntó.

—Encanto, lo que acabo de escuchar corrobora mis sospechas. Los asesinos de Laine no encontraron nada. Por tanto, Fuller sigue teniéndolo en su poder. Mejor dicho, escondido en algún sitio que sólo él conoce.

—¿Qué puede ser, *Cuttie*?

—No hay más que una respuesta: fotografías y negativos. Y son lo suficientemente comprometedoras para que Rodden se esfuerce por saltar el pellejo de ese miserable. ¡Cómo me gustaría tener a Fuller a solas durante sólo un cuarto de hora! Hablaría como un charlatán de feria, créeme.

—Eso no puede ser —dijo ella tristemente.

—Lo sé, pero no te apures. Tú sigue adelante, con entera normalidad. Yo seguiré investigando por mi cuenta.

—¿Qué piensas hacer ahora, *Cuttie*?

—Rodden hizo algo malo, muy peligroso. Tengo que averiguar de qué se trata. Si lo consigo, yo también le presionaré, pero en sentido contrario.

—Dijo que te despidiera...

—Pero no te prohibió que hablásemos por teléfono. Adiós, encanto.

Millman dejó el aparato en la horquilla buscó tabaco. Con el cigarrillo humeante, colgado de los labios, volvió al baño, a fin de terminar de vestirse.

* * *

El sujeto era bajo, menudito, vivaracho. Apoyado en el mostrador, Millman dejó que Reggie Hillbrook terminase de atender a una cliente, que casi le duplicaba en tamaño y hacia cuyos voluminosos senos dirigía sus ávidas miradas constantemente. La mujer sonreía, incitante, haciendo dengues y muecas, que parecían fascinar a Hillbrook. Al fin, ella se inclinó hacia adelante y le dijo algo al oído.

Hillbrook asintió.

—Cuando cierre —prometió.

Ella se marchó, balanceándose como un barco recién botado al agua. Hillbrook suspiró al ver los contoneos de aquellas poderosas caderas.

—Vaya monumento —comentó a media voz.

—Un poco voluminosa, ¿no, Reggie?

Hillbrook miró de soslayo al joven.

—Esa clase de mujeres tiene sus ventajas —contestó.

—¿Por ejemplo?

—Siempre se descubren zonas inéditas. Nunca se acaba de explorarlas por completo.

Millman soltó una carcajada.

—Viejo verde —le apostrofó—. Seguro que tomas afrodisíacos.

—No me hace falta —se indignó el menudo sujeto—. Soy muy viril y no he cumplido aún los cincuenta años.

—Perdona, Reggie, no quise ofenderte. En realidad, ella vale la pena. Y te deseo que pases un buen rato.

—Gracias, *Cuttie*. De todos modos, no estás aquí para comprarme un reloj o un buen aparato de radio. ¿Qué quieres? ¿Noticias sobre Larry Ross?

—¿Quién es Ross?

—Lo encontraron hecho polvo, al pie de una casa. Cerca de él se encontró una pistola con silenciador. La policía piensa que quiso «apiolar» a alguien que vive en un piso alto, pero, o lo arrojaron al vacío o perdió pie. En todo caso, es un asesino menos.

—Descanse en paz —dijo Millman.

—El que no descansará a partir de ahora, será Satanás. Pero dejemos a Ross en su asador, y hablemos de lo que te ha traído aquí.

Millman había ido prevenido. Sacó un costoso habano y lo puso en la boca del sujeto.

—Rodden —dijo escuetamente.

Hillbrook se santiguó.

—Señor, ten piedad de mí —dijo.

—¿Es tan malo como dicen?

—Parece un apacible vendedor de helados, que disfruta viendo a los chicos comprar su mercancía, pero si viviera Nerón se inclinaría ante él y le llamaría maestro.

Millman se echó a reír, ante la pintoresca definición que Hillbrook hacía del hombre que tanto le interesaba.

—Es muy malo —dijo.

—El día que hagan su vida en cine, será la mejor película terrorífica que jamás se haya proyectado en una pantalla —aseguró el comerciante—. ¿Te interesa mucho ese monstruo?

—Un poco. Dime algo malo que haya hecho últimamente y que no se haya divulgado, Reggie.

—Si no se ha divulgado, ¿cómo lo voy a saber yo?

—Oh, vamos, vamos. Siempre hay rumores, comentarios en voz baja... Has tenido que oír algo a la fuerza, Reggie.

Hillbrook se cambió el puro de lado en la boca.

—No estoy seguro, pero hay una mujer de por medio —contestó.

—¿Tienes el nombre?

—Habla con Agatha Vankirk.

Millman levantó las cejas.

—¿La dueña de...?

—Exacto, la misma.

—Reggie, nunca me hubiera imaginado...

Hillbrook soltó una risita.

—A pesar de tu veteranía eres aún muy ingenuo. Ve a verla;

algo sacarás en limpio.

—Muy bien, seguiré tu consejo. Vendré otro día para que me cuentes qué tal lo pasaste con la dama.

—Nunca divulgo secretos de alcoba —protestó Hillbrook.

Millman soltó una risita y se dirigió hacia la calle. Al otro lado había un sujeto muy entretenido aparentemente en un periódico.

—Tiene cara de analfabeto —murmuró, a la vez que se metía en su coche.

Cuando arrancaba, miró hacia atrás. El «analfabeto» le seguía en otro coche.

Millman decidió hacer una prueba. Siguió conduciendo con toda normalidad, sin volver la cabeza atrás un solo momento. Media hora después, pasaba frente a la casa de Diana, pero, en lugar de detenerse, siguió hasta la manzana próxima y dio la vuelta a la esquina.

Detuvo el coche. Su perseguidor no estaba a la vista.

Preocupado, saltó al suelo y corrió hacia la esquina. El sujeto entraba en el edificio en aquel momento.

Millman presintió algo desagradable y se lanzó hacia la puerta a todo correr.

CAPÍTULO VI

El indicador luminoso del ascensor le hizo saber que el esbirro se había apeado en la planta donde Diana tenía su apartamento. Entonces entró en el otro ascensor.

Salió al corredor y vio a un sujeto que salía de la puerta contigua. El hombre desapareció en el ascensor. Millman había reparado en su gesto de sorpresa. Vaciló un instante y, de súbito, se encaminó a la puerta por la que había salido aquel individuo.

Abrió con gran cautela. El «analfabeto» estaba sentado ante una mesa, con unos auriculares puestos. A su derecha había una grabadora y un teléfono.

Los auriculares estaban unidos, por medio de un cable, a una ventosa adherida a la pared medianera con el apartamento de Diana. Millman supo así que la joven era objeto de una escucha permanente.

Decidió terminar con aquel estado de cosas. Lenta, sigilosamente, se acercó al espía y le echó las manos al cuello.

El hombre, terriblemente sorprendido, perneó con frenéticos movimientos. Millman mantuvo la presión, hasta que se percató de que su prisionero estaba a punto de perder el conocimiento. Entonces, sin soltar su presa, aflojó un poco las manos.

Se oyó un ruidoso gorgoteo.

—Hola —dijo Millman—. ¿Te gusta ser curioso?

—Su... suélteme...

Millman lo agarró por el pelo con la mano izquierda. Así pudo utilizar la derecha para arrebatárle una pistola, que arrojó a un rincón.

—Levántate —ordenó.

El sujeto obedeció.

—Has relevado a otro —dijo.

—Sí. ¿Y qué diablos le importa...?

—Mucho, porque me seguías a mí. Eso no me gusta en absoluto.

—Mire, a mí no me cuente nada...

Millman movió la mano derecha y la estrelló de revés contra la cara del espía.

—No, no te contaré nada; se lo diré a Rodden, cuando lo vea —dijo el joven duramente.

De pronto, concibió una idea. Saltó hacia el revólver caído en el suelo y lo encañonó hacia el esbirro.

—Si te mueves, te abraso.

El hombre palideció. Millman se acercó al teléfono, lo quitó de la horquilla y, con la mano libre, marcó un número.

Diana contestó a los pocos momentos.

—Hola, soy yo —dijo él—. Estoy en el apartamento contiguo, el E. ¿Puedes pasar, por favor?

—¡Cuttie! ¿Qué haces ahí? —se sorprendió la joven.

—No preguntes. Ven.

Dejó el teléfono en su sitio y arrancó los cables que lo conectaban a la grabadora. Diana apareció a los pocos instantes, con los ojos desorbitados por el asombro.

—Pero ¿qué sucede aquí? —preguntó.

—Tenías un espía constantemente —dijo Millman—. Anda, llévate la grabadora y destrúyela.

—Está bien. ¿Qué vas a hacer con él? —preguntó la joven, aprensiva.

—No te preocupes. Vuelve a tu apartamento.

Diana asintió. Momentos después, Millman agarraba el brazo de su prisionero.

—Escúchame bien —dijo—. Vamos a salir juntos, como dos buenos amigos. Pórtate correctamente, sonríe. Pero si haces el menor gesto sospechoso, considérate muerto. No te gustaría seguir la misma ruta que Larry Ross, ¿verdad?

El espía se lamió los labios, súbitamente reseco.

—Haré lo que me ordene —dijo.

Minutos después, estaban en la calle. Millman lo condujo hasta su coche.

Miró a derecha e izquierda. La hora era ya un poco avanzada.

Aprovechó un momento en que no pasaba nadie y ordenó a su prisionero que se metiera en el maletero.

Dos horas más tarde, detuvo, el coche en un lugar completamente desierto. Abrió el maletero y el espía salió tambaleándose, medio ahogado y mareado por la incómoda postura en que había permanecido en todo el viaje.

Millman le hizo dar media vuelta. Estaban al borde de un terraplén herboso. De pronto, levantó la pierna y aplicó el pie en las posaderas del sujeto.

Se oyó un débil grito. El esbirro empezó a rodar por la pendiente, hasta quedar detenido por unos arbustos. Millman giró en redondo, volvió al coche y emprendió el regreso a la ciudad.

* * *

Diana le llamó por la mañana.

—Me siento muy intranquila —confesó la joven.

—No debes sentir el menor temor. Compórtate con toda naturalidad. Sigue actuando como Rodden quiere que lo hagas.

—Pero, a estas horas, sabe ya que sus espías no...

—Claro que quería que lo supiese —contestó él—. Si te dice algo, respóndele que es cosa mía, que soy muy independiente y que no tienes poder para controlar mis actos. Aunque te presione, simula ceder, pero también manteniéndote firme. ¿Has entendido?

—Sí, *Cuttie*. Dime, ¿qué paso con el espía?

—Oh, lo dejé a unos cincuenta kilómetros de aquí, en un paraje en el que no había estado jamás. A estas horas, se cree Robinson Crusoe en una isla desierta. Es un tipo de los que sólo han visto el campo en el cine. El olor de la hierba fresca, de los árboles y de las flores silvestres les parece veneno puro.

Diana se echó a reír.

—Tienes un humor magnífico —dijo—. A mí me gustaría ser como tú...

—¡No! Prefiero que sigas siendo la que eres.

—Oh, *Cuttie*... —Se enterneció Diana.

—No te preocupes y deja el asunto en mis manos. En todo caso, vuelve a visitar a Fuller. Insiste sobre el mismo extremo. Sonsácale lo que puedas. Háblale de la muerte de Laine. Estudia sus

reacciones. Menciónale a Sley. Dile qué pasará si Sley decide a última hora no declarar en su favor.

—En una palabra, quieres que lo «ablande».

—Exactamente. Yo lo haría..., pero está preso, por suerte para él.

—Si estuviera libre, ¿conseguirías que hablase?

—«Cantaría» como un ruiseñor en celo, te lo aseguro.

—No me gustan los métodos violentos, *Cuttie*.

—A los tipos como Fuller, sin pistola y sin compañía al lado, basta enseñarles los dientes y gruñir como un tigre, para que se mojen los pantalones.

—No seas... cochino, tú.

—Es la verdad, encanto. Bueno, adiós; tengo que buscar a un tipo.

—¿Puedo saber quién es?

—El chófer de Fuller. Es curioso, nadie lo ha mencionado hasta ahora, ¿verdad?

—Es cierto. A mí no se me había ocurrido...

—Yo lo encontraré, descuida. Adiós, Diana.

Millman dejó el teléfono en su sitio y saltó de la cama. Cuando estuvo aseado, salió a la calle y fue a desayunar a la cafetería de Nellie Potts.

Se llevó una decepción. El mozo que atendía el mostrador le dijo que Nellie estaba indispuesta, con una terrible jaqueca. A Millman le hubiera gustado un rato de charla con la ardiente pelirroja, pero comprendió la situación y supo mostrarse discreto.

Al terminar, se encaminó a la tienda de Hillbrook.

El individuo atendía a un par de mozalbetes, cuyo aspecto no gustó demasiado al joven. Uno de ellos sacó de pronto una navaja automática, pero antes de que la abriera, Hillbrook, con una velocidad impropia de un hombre de su edad, les enseñó una «recortada» de dos cañones.

—Chicos, de esta caja no sale dinero para vagos —dijo Hillbrook—. Tú, tira la navaja ahora mismo, o te parto en dos.

Los muchachos, espantados, se dieron a la fuga instantáneamente. La navaja quedó en el suelo. Millman se inclinó y se la entregó a su amigo.

—Tienes genio, Reggie —sonrió.

—Les calé apenas asomaron sus apestosas facciones —dijo el hombre—. No me paso todo el día detrás de un mostrador, para que venga cualquier hijo de puta a robarme para sus vicios.

—Eso está muy bien —aprobó Millman—. Oye, tienes unas ojeras horribles.

Hillbrook sonrió complacido.

—¿Verdad que sí? —Levantó la vista, arrobado—. ¡Qué mujer! Fuego puro, dinamita químicamente pura... Se las sabe todas, te lo aseguro, *Cuttie*. Oye, tú no has venido aquí para escuchar la retransmisión personal de una obra pornográfica, ¿verdad?

—No —rió el joven—. Claro que no. Pero te vi las ojeras y... Dime una cosa. ¿Dónde puedo encontrar al tipo que conducía el coche de Fuller, el día de la muerte de Walters?

—¿Mickey Buster?

—No sé cómo se llama, pero si tú lo dices...

—Ése es su nombre. Búscalo en el dos mil ochocientos dieciséis de la East Drive.

—¿Qué tal es ese tipo?

—Se alquila para todo, *Cuttie*.

—¿Cómo?

—Si le pagas, hará lo que le pidas. Conducir un coche, robar un bolso, romper las estanterías de un bar..., y si tienes caprichos retorcidos, Buster te complacerá.

Millman torció el gesto.

—¿Marica?

—Se alquila «para todo» —repitió Hillbrook—. Sólo es preciso tener el dinero que pide..., y no es muy exigente, créeme.

—Iré a verle; gracias, Reggie.

—¿Qué dice Agatha Vankirk?

Millman tardó un segundo en contestar.

—Oh... Lo siento, no he tenido tiempo de ir a visitarla todavía —contestó.

—Habla con ella. Puede que obtengas respuestas muy interesantes.

—Muy bien, seguiré tu consejo. Adiós, Reggie.

Era de mediana estatura, cejas muy espesas, casi juntas en un solo trazo, nariz remangada increíblemente, algo cargado de espaldas y zambo. Millman pensó que era un subproducto del género humano. No era racista, pero comprendió a los teóricos de la pureza racial, al contemplar a Mickey Buster.

El sujeto salía de su casa en aquel momento. Millman se emparejó a su lado.

—Hola, Mickey.

Buster le miro de reojo. Disimuladamente, Millman le enseñó cinco billetes de diez dólares.

—¿Qué quiere usted? —preguntó el hampón—. ¿Por qué me ofrece ese dinero?

—Todavía no te lo he ofrecido. Mickey, dime, ¿por qué mató Fuller a Walters?

—No sé de qué me está hablando.

—Tú conducías el coche. Fuller tuvo que decirte algo a la fuerza. Cuéntamelo, anda.

—No sé nada —insistió Buster.

—Escucha, no te hagas el listo conmigo. Por todas partes hay ojos y oídos, que son ciegos y sordos cuando se trata de la policía. Pero no todos los ojos y los oídos y las bocas son ciegos, sordos y mudos, y se ven y se oyen y se escuchan muchas cosas. Así que suéltalo de una vez y tendrás los cincuenta «pavos».

—Fuller me pagó el doble.

—Tendrás cien —prometió Millman—. Habla.

La conversación tenía lugar sin dejar de caminar. Buster sacó un cigarrillo torcido y seboso, y se lo puso en los labios morcilludos.

—Me dijo que iba a visitar a un amigo y que probablemente tendríamos que salir de estampida. Lemmy sabe que soy buen piloto —contestó Buster orgullosamente—. No hay «poli» que pueda darme alcance con su coche patrulla, si no lo quiero yo.

—Bueno, todo eso está muy bien, pero Lemmy no fue precisamente a visitar a un amigo.

—Yo no vi nada. Tenía la cabeza vuelta hacia el otro lado. Paré donde Lemmy me dijo y cuando él me ordenó arrear, lo hice.

Millman comprendió que el hampón no soltaría prenda. A fin de cuentas, se trataba de un caso de asesinato y se daba cuenta del peligro que podía correr si lo arrestaban como cómplice.

—Bueno, pero durante el camino te diría algo...

—A mí, directamente no, aunque le oí comentar no sé qué acerca de Walters. Creo que es por una fulana que Walters le había quitado, no sé más.

Millman cerró los ojos un segundo. Sí, el motivo quedaba suficientemente claro. Fuller era un sujeto absolutamente ruin, capaz de cometer cualquier salvajada para vengar la menor ofensa. No había grandes motivos tras del asesinato de Walters; sólo una perversa demostración de un ego increíblemente desarrollado y el hecho de hacer que todo el mundo supiera que Fuller era hombre al que no se podía burlar impunemente.

Era obvio que ya no sacaría más del hampón. Como muy bien había dicho Hillbrook, Buster era capaz de todo por un puñado de dólares. Estaba seguro de que Buster sabía que Fuller iba en busca de Walters y lo habría aceptado como la cosa más natural del mundo.

De repente, sin tener tiempo de sacar el dinero, oyó un seco estampido a sus espaldas.

Buster dio un tremendo salto. Millman se tiró al suelo, dio dos vueltas sobre sí mismo y consiguió situarse detrás de un coche estacionado en aquel lugar.

En el mismo instante, oyó el rugido del motor de un automóvil que arrancaba a toda velocidad. Asomó la cara prudentemente.

Buster yacía boca abajo en la acera. La sangre corría por su cuello y manchaba el gris pavimento. El tiro, certero, había entrado por la base de la nuca, matándole sin que se diera cuenta de lo que sucedía.

CAPÍTULO VII

Tras su visita al cliente, Diana se dirigió a una cafetería, a la que solía acudir en ocasiones. Era un lugar elegante y discreto, y eligió una mesa situada en un rincón.

—Café y un trozo de pastel de manzana —ordenó a la camarera que acudió a servirla—. Ah, y el teléfono, por favor.

—Muy bien, señora.

Un muchacho trajo el teléfono y lo conectó a una clavija situada en la base de la pared. Diana le dio medio dólar. Abrió el bolso y sacó la pitillera. Mientras encendía el cigarrillo, llegó la camarera con el pedido.

Diana expulsó el humo. Luego levantó el aparato y se dispuso a marcar un número.

Una mano hizo que el teléfono descendiera de nuevo a la horquilla. Diana miró al sujeto que se había sentado frente a ella.

—Aquí, no —prohibió el hombre—. Hágalo desde su casa.

Era un sujeto de rostro granítico e incluso atractivo, pero sus ojos tenían la frialdad del hielo. Diana comprendió que era inútil hacerle preguntas: estaba claro que actuaba bajo mandato de Rodden.

El hombre sonrió.

—Lo siento. Siga almorzando, por favor; yo le pagaré el gasto.

Diana procuró mostrarse tranquila. Volvió a abrir el bolso y sacó unos cuantos billetes de dólar.

—¿Qué hace usted? —preguntó el esbirro.

De súbito, Diaria lanzó un estridente alarido:

—¡Socorro! ¡Llamen a la policía! ¡Este hombre me está atacando! ¡Socorro, socorro!

Un enorme barullo se produjo instantáneamente en el local. El

esbirro maldijo a voz en cuello.

—¡No es cierto! —aulló—. ¡No soy un ladrón!

Desconcertado, se puso en pie. Diana aprovechó la ocasión y le puso su encendedor en el bolsillo de la chaqueta.

—¡No le dejen escapar! —clamó a voz en cuello—. Es un ladrón, deténganlo, deténganlo...

El esbirro se dio cuenta de que llevaba todas las de perder y trató de abandonar la cafetería. Diana le lanzó una silla venenosamente entre las piernas y lo hizo caer de bruces, en medio de una algarabía y una confusión indescriptibles.

Dos patrulleros de uniforme, entraron en aquel momento, pistola en mano.

—¿Dónde está el ladrón? —gritó uno.

—¡Aquí, oficial! —Diana lo señaló con la mano—. Éste es.

Los policías se arrojaron sobre el sujeto y lo agarraron por ambos brazos.

—Suélteme —dijo el esbirro—. Todo eso es una inmundada mentira de esta loca...

Uno de los guardias fijó la vista en Diana.

—Usted es la abogado Dubbs —dijo.

—En efecto, agente. Regístrenle; lleva mi mechero de oro. Tiene mis iniciales en platino.

El encendedor apareció a los pocos instantes.

—¿Desea formular cargos contra ése sujeto, señorita? —consultó uno de los guardias.

—Sí. Llévelo a la comisaría; iré dentro de unos minutos.

—Muy bien. Andando, tú.

El espía de Rodden se dejó llevar sin oponer la menor resistencia, abrumado por el desastre que se había abatido sobre él de la forma más inesperada. Diana volvió a su mesa.

El encargado del local acudió rápidamente.

—Miss Dubbs, créame que lo siento —dijo, muy afligido—. Nunca había pasado nada aquí; éste es un local muy respetable...

—No se preocupe, señor Clarence —sonrió la joven—. Ya ha pasado todo. Aunque lo cierto es que los ladrones, hoy día, se muestran cada vez más insolentes.

—Sí, tiene usted razón. ¿Quiere que le sirva algo? El café ha debido enfriarse...

—Muy bien, envíeme otra taza, muchas gracias.

Diana suspiró, felicitándose por la idea que había tenido para deshacerse del esbirro de Rodden. Pero casi en seguida se puso muy seria.

Rodden no quería que usara sino su propio teléfono. Eso sólo podía tener un significado: estaba intervenido.

Tendría que hacer algo para contrarrestar las acciones de Rodden, aunque, de momento, no se le ocurría ninguna idea. Volvió a levantar el teléfono, marcó un número y se llevó una gran decepción: Millman no estaba en su casa.

* * *

Tenía un nombre muy poético: *Blue Flower* (Flor Azul) y era una enorme mansión de estilo californiano, de planta y primer piso, rodeada por un espléndido jardín. Al fondo, entre unos árboles, se divisaba una piscina, en la que se bañaban cuatro o cinco mujeres de atractiva figura.

Una hermosa joven, de pelo brillante como el oro batido y ojos seductores, vestida con tres minúsculos pedacitos de tela blanca, salió a su encuentro.

—Bien venido a *Blue Flower*, señor —dijo con voz melodiosa.

—Muchas gracias, señorita...

Ella rió tenuemente.

—Llámeme May, señor. ¿Desea que le atienda una muchacha en particular? ¿O prefiere elegir? Tenemos una magnífica colección de fotografías y, si le parece poco, podemos hacerle proyecciones cinematográficas. Nuestro lema es: «El cliente debe irse contento siempre».

—Fabuloso —dijo Millman, con la boca abierta en un supuesto gesto de estupefacción—. El que me recomendó este hotelito no exageraba lo más mínimo, May.

—Gracias, señor. ¿Quiere acompañarme?

—Perdone un momento, May. Yo deseaba ver a Agatha, la... directora.

—Ah, la señorita Vankirk. —May meneó la cabeza—. No suele atender personalmente a los visitantes.

—Dígale que necesito su experto consejo, sin menospreciarla a

usted, ni mucho menos, May, ¿puedo elegirla a usted también?

La rubia soltó una ligera risita.

—¿Por qué no? Otro de nuestros lemas es: «Al cliente hay que darle lo que pida».

—Entonces, puede que luego te pida algo, dulzura. Anda, avisa a la señora Vankirk.

—¿Qué nombre le doy, por favor?

—Millman.

Entraron en la casa. El vestíbulo era enorme, con grandes divanes de cuero rojo vino y enormes fotografías en las paredes de hermosas mujeres. No había un solo desnudo, aunque las mujeres retratadas vestían todas prendas hartamente insinuantes.

May se marchó y volvió a los pocos momentos.

—Por favor, señor Millman.

El joven entró en un despacho pequeño, discretamente amueblado, pero con gran gusto. Detrás de la mesa se hallaba una mujer muy elegante, alta, singularmente esbelta, con un gran moño en lo alto de la cabeza. Millman pensó que Agatha Vankirk podía tener lo mismo treinta y cinco que cuarenta y cinco años. Pero resultaba terriblemente atractiva, quizá por su madurez, adecuadamente resaltada por el cesado y el peinado.

—Señor Millman, May me ha informado que deseaba serme —dijo ella—. Por favor, siéntese.

—Gracias, señora Vankirk.

Agatha se sentó también, apoyó los codos sobre la mesa y juntó las manos.

—Hable, por favor —invitó.

—Lo primero que debe saber es que me ha enviado Reggie Hillbrook. Quizá le suene ese nombre.

Ella sonrió imperceptiblemente.

—El bueno de Reggie —murmuró—. ¿Cómo se conserva?

—Estupendamente, señora. En plena forma, acometedor como un toro joven.

—Siempre fue muy... ardoroso. Pero en otros aspectos, no nos entendíamos. Decidimos dejarlo, de común acuerdo.

—Ah, eran... —Millman arqueó las cejas, sorprendido.

—Sí, lo fuimos unos cuantos años. No quedé descontenta de él, ni mucho menos, pero el sexo no lo es todo.

—Ahora vive usted del sexo —dijo el joven punzantemente.

—Es un negocio como otro cualquiera —respondió Agatha con frialdad—. Señor Millman, aprecio mucho a Reggie y por eso le he recibido. Pero le ruego sea breve. ¿Qué es lo que quiere exactamente de mí?

—Informe sobre Rodden, señora Vankirk.

Después de aquellas palabras, hubo un gran silencio.

* * *

Agatha se levantó, fue hacia una consola, llenó dos vasos y entregó uno al visitante.

—¿Qué quiere saber de Rodden? —preguntó al cabo.

—Lo que pueda decirme, señora.

—¿Por qué?

Millman dudó un segundo. Luego dijo:

—Verá, Rodden está presionando a un cliente mío. Yo trato de, para decirlo con claridad, contra presionarlo.

—Chantaje contra chantaje, ¿eh?

—Algo parecido, señora.

—No le tengo ninguna simpatía a Rodden. Es un tipo al que detesto visceralmente. Más de una vez me ha propuesto unirme a él. Siempre me he negado.

—Rodden tiene medios de conseguir lo que desea —manifestó Millman.

Agatha se echó a reír.

—Sabe que estoy bien protegida —contestó.

Millman pensó inmediatamente en políticos y hombres de negocios de alta posición, contra los que un hombre como Rodden no podría nada, por muy poderosa que fuese su organización. Rodden debía de saberlo y, en consecuencia, no molestaba a Agatha.

—La felicito por su valor, señora —elogió—. Pero ¿eso es todo? Ella entornó los ojos.

—Quizá pueda interesarle el caso de Leticia Harnell —dijo.

—¿Quién es Leticia Harnell?

—Hace tiempo Rodden solía pedirme que le enviara una de las chicas, para que pasara con él un fin de semana. La elegida solía

regresar muy contenta, con un buen regalo. Leticia no regresó.

—¿Sospecha usted de un asesinato?

—Sólo sé que Leticia fue un día y no he vuelto a verla más. Sin embargo, le diré que ella me llamó por teléfono desde la residencia de Rodden y me pidió que le enviase su equipaje, ya que no pensaba volver aquí. Lo hice así y eso es todo lo que sé.

—Le pidió el equipaje... ¿Quién se lo llevó?

—Una de mis chicas. Pero ya no está aquí. Se casó. Ahora es una dama respetable. Encontró su príncipe azul, en forma de petrolero tejano. Esas gangas no se presentan dos veces en la vida. El esposo de esa joven mataría a tiros al primero que se acercase a ella para recordarle su pasado. No la moleste, se lo ruego.

—No lo haré, señora Vankirk. Esa chica... ¿vio a Leticia?

—No. Me dijo que uno de los gorilas de Rodden se había hecho cargo del equipaje. Ni siquiera la dejaron pasar del umbral.

Millman apuró el contenido del vaso y se puso en pie.

—Señora Vankirk, una última pregunta, por favor. ¿Sospecha que Leticia puso ser asesinada?

—Saque usted sus consecuencias, señor Millman —contestó Agatha fríamente.

El joven hizo una inclinación de cabeza. Estaba bien claro; Agatha tenía la seguridad de que Leticia Harnell había sido asesinada, pero no quería provocar el escándalo. Si otro lo hacía, no sufriría ningún perjuicio, cosa que ocurriría irremisiblemente si era ella la que se empeñaba en conocer el paradero de Leticia. Siempre podría decir que había ocurrido después de despedirse de su... club.

—Le quedo muy agradecido, señora Vankirk.

—Ha sido un placer, señor Millman.

El joven salió al vestíbulo. May le dirigió la más sugestiva de sus sonrisas.

—Estoy dispuesta, amor —dijo ella.

Millman le puso una mano en el redondo y carnoso hombro.

—Tengo que confesarte una cosa —musitó.

—¿Sí, encanto?

—Soy impotente.

May abrió la boca.

—Pues nadie lo diría...

Pero Millman se alejaba hacia la salida.

Cuando llegó frente a la casa de Diana, vio luz en una de las ventanas.

La luz se encendió y apagó varias veces seguidas. Una silueta apareció en el vano y movió el brazo en sentido negativo. Millman comprendió en el que no debía subir al apartamento de la joven.

Arrancó de nuevo. Un poco más adelante encontró una cabina telefónica y se apeó.

Llamó a Diana. Inmediatamente, oyó su voz:

—No, señor, se equivoca usted. Esto no es el

Sandy's

.

El teléfono calló en el acto. Millman colgó el suyo. Muy pronto encontró la solución. Diana no quería hablar con él por teléfono. Y conocía el

Sandy's

. En tiempos, había cenado allí en más de una ocasión.

Se felicitó por la buena idea que había tenido Diana. Sin prisas, volvió a arrancar y tomó la ruta que conducía al

Sandy's

.

CAPÍTULO VIII

Diana llegó un cuarto de hora más tarde. Desde la puerta, oteó el panorama del restaurante. Al ver a Millman, sentado ante una mesa, en un discreto rincón, avanzó resuelta hacia él.

—Tengo el teléfono intervenido, *Cuttie* —declaró.

—Algo por el estilo me figuraba —contestó él—. Pero aguarda, vamos a elegir primero el menú.

Callaron hasta que les fue servido el primer plato. Entonces, Diana relató el incidente con el espía de Rodden.

—No me han dejado a sol ni a sombra —añadió al terminar—. Sólo después de que me vieron entrar en casa, abandonaron la vigilancia.

—Claro, ahora cuentan con el teléfono —murmuró él.

—Te llamé varias veces...

—He estado muy ocupado —suspiró Millman—. Encontré al chófer de Fuller, pero le saltaron la tapa de los sesos, cuando estaba a mi lado.

—Dios mío, es horrible...

—Luego he estado en cierto lugar, donde he podido averiguar algo muy interesante. Pero, primero, cuéntame tu entrevista con Fuller. ¿Le has sacado algo en limpio?

—Se mantiene muy firme, *Cuttie*. No hay forma de sacarle las palabras del cuerpo. —Los ojos de Diana centellearon—. A veces comprendo ciertos métodos... Me daban unas ganas horribles de empezar a bofetadas con ese tío asqueroso, medio hombre...

Millman sonrió.

—Tranquilízate, encanto. Creo que yo tengo algo interesante. Incluso sospecho cuál es la verdad del asunto.

—A ver, habla —pidió ávidamente.

—Un asesinato.

—¿De quién?

—Una prostituta llamada Leticia Harnell. Rodden solía pedir a cierto lugar, compañía femenina para el fin de semana. Leticia fue... y no volvió.

—Entonces, habría que buscar pruebas de ese crimen —exclamó ella, muy excitada.

—Sí, pero las tiene Fuller.

—Mañana hablaré de nuevo con él, *Cuttie*.

—No querrá entregártelas. Esas pruebas son su seguro de vida.

Diana se desanimó repentinamente.

—Entonces, ¿he de defenderlo ante el tribunal? ¿Tengo que proclamar su inocencia, cuando estoy segura de que mató a Walters?

—Aún no se ha iniciado el juicio. Tenemos tiempo.

—El fiscal me ha avisado de que será muy pronto. Ya tiene todos los informes de la policía, incluyendo las declaraciones de los testigos. Por cierto, sólo viste a uno, Iris Suttey...

—Después de lo que me dijo ella, consideré innecesario visitar a los demás testigos. Todos están comprados por Rodden.

Diana se retorció las manos.

—*Cuttie*, ¿qué puedo hacer? —preguntó, acongojada.

Millman la contempló con simpatía. Diana luchaba entre el amor filial y su orgullo profesional. Tenía una reputación y no quería perderla, por muy grande que fuese el beneficio económico que pudiera obtener.

—Lo primero que haremos será ocuparnos de tu teléfono intervenido —dijo él—. Tengo un amigo experto en la materia y trataremos de arreglar ese asunto.

—Muy bien, sigue, por favor.

—Después...

Millman no pudo continuar. Un camarero se acercó, con una carta en la mano.

—¿Señorita Dubbs?

Diana alzó la cabeza, vivamente sorprendida.

—Sí, soy yo.

—Han entregado esta carta para usted, señorita.

—Pero ¿quién...?

Millman sacó un billete de a dólar y se lo entregó al camarero.

—Gracias, amigo.

—A usted, señor.

Diana permanecía desconcertada, con las cartas en las manos, sin saber qué hacer.

—Vamos, ábrela —sonrió él, a la vez que le entregaba un cuchillo, para que lo usara como abrecartas.

Diana rasgó el sobre. Millman observó que sacaba de su interior una fotografía. Inmediatamente, Diana lanzó un gemido y se puso lívida.

—¡Dios mío! —se lamentó.

Millman se apoderó de la fotografía. Había en ella, Una mujer de unos cincuenta y cinco años, sentada en una silla de ruedas. A su lado, sonriendo de un modo muy particular, se veía a un fornido enfermero, con chaquetilla de manga corta y pantalones blancos.

La mano del enfermero sostenía un revólver, cuyo cañón se apoyaba en la cabeza de la paciente.

* * *

Millman observó que las manos de Diana temblaban convulsivamente. Dentro del sobre, observo, había una tarjeta, que extrajo inmediatamente, para enterarse de su contenido:

Empiezo a cansarme de que desobedezca mis instrucciones. Es la última vez que se lo advierto. Tome nota: no bromeo.

—Diana, cálmate —aconsejó a media voz—. A tu madre no le pasará nada. Rodden es el más interesado en que todo siga como hasta ahora.

—Esa foto miserable... ¿Cómo habrá podido infiltrar a su esbirro en la clínica?

—Por lo visto, el jefe de personal tiene unas ideas muy particulares acerca de la contratación de elementos auxiliares —comentó el joven sarcásticamente.

De pronto, reparó en un detalle.

—¿Qué son esas manchas rojizas de la cara de tu madre? —preguntó.

—Es un *herpes zoster*. El médico dice que tardará bastante en curarse y, aunque es muy molesto, no resulta grave. Peor es el reuma de las piernas, de tipo artrítico, *Cuttie*.

Millman se frotó, la mandíbula pensativamente. Pasaron algunos minutos antes de que se decidiera a hablar de nuevo.

—Las minutas de honorarios de la clínica deben de costarte un ojo de la cara —supuso.

—Lleva ya ahí tres meses y no sé cuándo saldrá...

—Yo conozco a un médico joven y emprendedor, que tiene nuevas ideas —sonrió él—. Aparte de que sabe lo que se trae entre manos. Hablaré, con él.

—Pero... —Diana adivinó las intenciones del joven—. No podrás sacarla de donde está...

—Mañana ve a hablar con tu madre, discretamente, por supuesto. El enfermero quizá trate de estar presente, pero mándalo al diablo. Que te vigile desde unos metros de distancia. Si insiste en estar junto a vosotras, llama al director. Dile a tu madre que muy pronto irá a verla el doctor Von Kapitz.

—¿Quién es ese médico? —preguntó Diana, asombrada.

—Un famoso especialista vienés... que acabo de recordar en este momento —sonrió él—. Von Kapitz es su nombre.

—Sí, *Cuttie*.

—Y, en cuanto al teléfono... ¿Conoces a algunos de los habitantes del edificio donde tienes tu apartamento?

—Muy superficialmente, desde luego.

—A ver, dime algunos nombres y lo que sepas de ellos.

Diana habló durante unos momentos. De pronto, Millman sonrió, a la vez que levantaba la mano:

—Para ahí —ordenó—. ¿Cuál es su apartamento?

—El

6 D

—contestó ella.

—Suficiente, Diana, es posible que Rodden te llame apenas hayas regresado a casa. La carta que acabamos de recibir es prueba de que no nos dejan a sol ni a sombra. Muéstrate mansa y obediente. Di que sí a todo... y nada más.

—*Cuttie*, ¿qué es lo que te propones? —preguntó Diana, aprensiva.

—Salir adelante de este embrollo, terminarlo cuanto antes... y marcharme a Florida durante un mes, como pensaba desde un principio —contestó él, sonriendo brillantemente.

* * *

Regresaba a su casa, después de una dura jornada, en la que había caminado mucho y hablado con un montón de personas, sin obtener resultados positivos, cuando, de pronto, un hombre se situó a su derecha.

—Millman, tengo una pistola en la mano —dijo el sujeto—. No haga nada, no grite o está perdido.

El joven se detuvo en seco. Miró al individuo un instante y luego tendió la vista por encima de su hombro.

Parado junto a la acera había un coche largo, negro. El conductor, discretamente, le apuntaba con una pistola.

Meneó la cabeza.

—Es admirable la tenacidad de algunas personas —comentó alegremente—. Muy bien, supongo que sus palabras indican la necesidad de seguirle.

—Exactamente, señor Millman. Por aquí, tenga la bondad.

—Es usted muy amable, amigo mío. ¿Cómo debo llamarle?

—Ése es un detalle que no tiene la menor importancia. Pero sí tanto insiste, llámeme Joe.

—Claro. Y su amigo se llama Johnny.

—Admiro su clarividencia, señor Millman —dijo el pistolero.

Momentos después, Millman estaba sentado en el asiento, posterior. Johnny arrancó de inmediato. Joe estaba a su derecha, medio vuelto hacia él, apuntándole con la pistola constantemente.

—Imagino que esto que sucede es lo que en lenguaje vulgar y nada poético se conoce como «paseo» —dijo Millman pasado un buen rato.

—Somos padres de familia en situación muy apurada —contestó Joe—. Estamos parados, no encontramos trabajo y hemos de aceptar cualquier cosa que se nos ofrezca.

Millman se secó una lágrima ficticia con el pico de la solapa de

su chaqueta.

—El corazón me sangra pensando en las pobres mujeres y niños demacrados, pálidos, con evidentes síntomas de raquitismo, gritando: «¡Pan, mamá, pan!». ¡Qué cuadro tan doloroso, amigo Joe, qué cuadro!

El pistolero se echó a reír.

—Tiene usted un magnífico sentido del humor —dijo—. Voy a sentir mucho su muerte. Sinceramente, me dan ganas de... «Indultarle».

—Oiga, por mí no se reprima. Yo sé comprender muy bien las debilidades humanas y me haría cargo perfectamente de que no quisieran cumplir las órdenes que les han dado.

—Lo siento, Millman. No podemos mostrarnos blandos. Si lo hiciéramos, perderíamos toda la «clientela». A uno le encargan un trabajo y debe ejecutarlo o su prestigio profesional se irá abajo.

—Ya —convino el joven—. Hay que mantener el prestigio de la profesión. —Miró la pistola que le amenazaba continuamente—. Oiga, ¿«eso», hace mucho daño?

—No lo sé, no lo he probado nunca —contestó Joe con gran desenvoltura.

La conversación languideció al cabo de unos momentos. Millman comprobó que Joe no relajaba la guardia un solo instante. Además, el coche se movía a casi cien kilómetros por hora. Aunque pudiera conseguirlo, saltar fuera a semejante velocidad y en una autopista, era suicida.

Transcurrió media hora. El coche abandonó al fin la autopista y tomó una carretera secundaria. Los nervios de Millman se pusieron en tensión.

Ya no podía faltar mucho para el momento crítico. Los pistoleros le llevaban a un lugar solitario, donde no pudieran ser vistos ni tampoco se escucharan los estampidos de las pistolas. Millman empezó a pensar en el mejor modo de salir indemne.

Un cuarto de hora después el coche se adentró por un camino de tierra batida. El pavimento tenía algunos baches, cosa, que se reflejó en los movimientos del vehículo. De repente, Johnny paró el coche.

—Bájese —ordenó Joe.

Millman obedeció. Johnny había abierto la puerta y, sentado

tranquilamente, con los pies en el suelo, fumaba con placidez un cigarrillo, disponiéndose sin duda a ser mero espectador de la ejecución, aunque dispuesto a ayudar a su compinche en caso necesario.

Con el rabillo del ojo. Millman observó que Johnny fiaba en Joe, puesto que no tenía un arma a la vista. Era un factor muy importante, digno de ser tenido en cuenta.

Joe le empujó con el cañón de la pistola.

—¡Camíne! —ordenó.

Súbitamente, Millman se volvió, a la vez que extendía el brazo:

—¡Eh, oiga, Johnny se ha puesto enfermo! —gritó a pleno pulmón.

A pesar de que era un tipo avezado a toda clase de situaciones, Joe picó el anzuelo y volvió la cabeza un segundo. Millman terminó el giro y estrelló el puño contra su rostro.

Joe lanzó un rugido de rabia, retrocedió y chocó contra el automóvil. Al golpe, la pistola resbaló de sus dedos y cayó al suelo.

Johnny maldijo obscenamente y saltó como un gato, desenfundando la pistola que llevaba bajo la chaqueta. Millman le vio y actuó con relampagueante rapidez.

Antes de que Joe, aturdido por el golpe, pudiera rehacerse, Millman lo agarró por los brazos y, haciéndolo girar un poco, lo situó delante de sí, a manera de escudo. Joe chilló agónicamente al ver el fogonazo que partía de la pistola de su compinche.

Millman notó la sacudida del cuerpo que sujetaba con las manos, en el momento del impacto. Tomó impulso y lo arrojó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Los dos pistoleros rodaron por el suelo, en confuso montón. Millman se inclinó.

Johnny consiguió deshacerse de su compinche y se incorporó un poco, con la pistola hacia arriba. En el mismo instante, notó un golpecito en el centro de la frente y dejó de percibir toda sensación.

Millman inspiró profundamente, todavía con la pistola de Joe en la mano. Sudaba a chorros y notó que un hilillo de líquido corría por detrás de su oreja hasta esconderse en el cuello de la camisa.

Joe rebullía todavía. Millman se le acercó y le dio la vuelta con el pie. Entonces pudo observar la crispación de los rasgos del sujeto.

—Parece que «eso» duele —comentó fríamente.

—Sí... —admitió Joe con un jadeo.

—En tu profesión no se puede ser descuidado, Joe. Créeme, no lo siento en absoluto.

El pistolero fue a decir algo, pero, de súbito, un borbotón de sangre ahogó sus palabras. Los ojos giraron horriblemente en las órbitas y todo su cuerpo sufrió una fortísima convulsión, para relajarse casi de golpe.

Millman permaneció todavía unos minutos en aquel lugar. Luego, con el coche de los pistoleros, emprendió el regreso a la ciudad.

CAPÍTULO IX

Por la mañana, apenas despertó, llamó a Diana:

—Buenos días, encanto —saludó alegremente.

—*¡Cuttie!* —exclamó ella—. ¿De dónde sales?

—Estoy en mi casa. Luego iré a llevar un ramo de flores a tu madre. ¿Le dijiste que iba a visitarle el doctor Von Kapitz?

—Sí... Pero, *Cuttie*, mi teléfono...

—No te preocupes. Los escuchas de Rodden se llevarán una tremenda sorpresa cuando oigan las conversaciones de *madame* Phoenix, la gran adivinadora del porvenir, profetisa infalible y anunciadora impenitente de la buena suerte para sus clientes.

Diana comprendió en el acto y se echó a reír.

—De modo que la derivación en la línea...

—Así es, muñeca: mi amigo el experto, se ocupó de eso durante el día de ayer. Ya no tienes nada que temer sobre el particular.

—Cuando Rodden lo sepa, se va a llevar un berrinche.

—Hoy iré a visitarle, pero antes, claro, esperaré el dictamen del doctor Von Kapitz. Adiós, dulzura; no puedo perder más tiempo. Insiste sobre Fuller, te lo aconsejo una vez más.

—Haré lo que pueda —prometió la joven.

Cerca de las doce del mediodía, un atildado sujeto, vestido con traje a rayas, de color gris, con chaleco cruzado, cadena de reloj, una flor en el ojal, guantes claros y bastón en la mano derecha, cruzó parsimoniosamente el jardín de la clínica, donde diversos enfermeros de ambos sexos atendían a los pacientes. El visitante, cuyos rasgos fisonómicos más característicos eran una barbita en punta y un mostacho de puntiagudas guías, se detuvo de repente ante una silla de ruedas, en la que había una mujer, cuyos cabellos dorados habían perdido ya la mayor parte de su brillo.

—«Señorra» Dubbs, supongo —dijo, con fuerte acento germánico, a la vez que se quitaba el sombrero de alas abarquilladas.

—Sí, yo misma —contestó la mujer—. Usted es...

El visitante juntó los tacones, a la vez que hacía una rígida inclinación de cabeza.

—«Doktor» Klaudius von Kapitz, de la Universidad de Viena, especialista en enfermedades de la piel. ¿Me «permite» usted, «señorra»?

El falso médico se colgó el bastón del brazo izquierdo, sacó una lupa y examinó durante unos instantes el rostro de la paciente. Luego meneó la cabeza con aire pesimista.

—Esto me gusta muy poco, «señorra» —dijo.

De pronto, alzó la vista hacia el robusto enfermero que estaba tras la silla, con las manos apoyadas en el respaldo, y que contemplaba la escena con los ojos muy abiertos.

—Usted es su asistente, supongo —dijo.

—Sí, doctor...

—¿Su nombre, «porr favorr»?

—E... Ernie Brown, doctor.

Millman le hizo un gesto y se lo llevó aparte unos momentos.

—A ver, enséñeme su mano —pidió.

Ernie obedeció. Millman examinó el dorso de aquella zarpa humana con la lupa. Luego fijó la vista en el cuadrado rostro del enfermero.

—«Señorrr» Brown, ¿cuánto tiempo lleva usted al cuidado de la «señorra» Dubbs?

—Oh, una semana, quizá algunos días más... ¿Por qué pregunta, doctor?

—Lo que me temía —dijo Millman, con acento lleno de pesimismo—. Ni un caballo querría ponerse en manos de estos médicos inútiles, estúpidos... Le «dirre» una cosa: Ya tiene síntomas, pero aún está a tiempo. Váyase inmediatamente, antes de que el contagio se haga irreversible.

—Pe... Pero... ¿qué es lo que pasa, doctor? —preguntó Ernie, muy asustado.

Millman acercó su boca al oído del esbirro.

—Se lo «dirré» en confianza, amigo mío. La «señorra» Dubbs

padece una especie de lepra sumamente maligna y ya «incurrable». Antes de un mes, la «carne» se le «caerrá» a pedazos, los huesos «asomarrán» por los huecos...

Brown ya no quiso seguir escuchando; giró sobre sus talones, dio media vuelta y echó a correr despavorido.

Millman ocultó una sonrisa y regresó junto a la enferma.

—Pero ¿qué le pasa a ese hombre? —preguntó la señora Dubbs.

—Vamos, Martha —dijo el joven con acento completamente normal—. Sus problemas se han acabado ya. Ahora mismo voy a llevarla a una clínica donde la curarán de veras y no la retendrán inútilmente, para exprimirle su cuenta corriente, como sucede en esta cueva de vampiros.

La silla de ruedas se movió hacia la salida. Martha no acababa de reaccionar por completo.

—Estoy pasmada —confesó—. ¿De veras cree que puedo curarme?

—Estoy seguro de ello, Martha —respondió Millman.

—Oiga, joven, se toma usted demasiadas confianzas...

—Es lógico, puesto que usted va a ser mi suegra —contestó el detective alegremente.

* * *

Ernie Brown sudaba a mares. Todavía estaba vestido de blanco y, en pie, hablaba con Rodden, los dos junto a la enorme piscina de la lujosa mansión en que residía el hampón.

—Se lo juro, jefe... Vino un famoso médico de Viena, especialista en enfermedades de la piel... ¡y dijo que la señora Dubbs era leprosa! Yo... yo no pude contenerme y escapé... Ese médico afirmó que aún tenía tiempo de curarme...

Rodden tenía la boca abierta.

—¿Estás seguro, Ernie? —preguntó.

—Sí, jefe. Mire mi mano...

Rodden echó el torso hacia atrás.

—¡No me toques! —chilló, aprensivo—. Anda, ve a que te curen... Sal pisando de puntillas...

Brown huyó, espantado. Rodden llenó un vaso y lo vació de golpe.

—Por todos los diablos —gruñó—. ¿Cómo puede ser verdad?

De repente, Jup Neames apareció ante sus ojos.

—Señor Rodden, el doctor Von Kapitz —anunció.

Un hombre surgió casi en el acto por la esquina de la casa.

—¿Cómo está, «señorr» Rodden? —saludó el joven amablemente.

Rodden contempló al recién llegado con ojos incrédulos.

—Usted... es el de Viena...

Con toda tranquilidad, Millman se colgó el bastón del brazo izquierdo, agarró una botella, se sirvió una dosis de *whisky*, añadió un par de cubitos de hielo, los removi6 un poco y tomó un par de sorbos.

Luego chasqueó la lengua apreciativamente.

—Buen licor, sí, señor —dijo.

Miró a Rodden maliciosamente y sonrió.

—Cuando se marchó Ernie, dejaba detrás de sí una estela de polvo, como en los dibujos animados. Ni siquiera el «Correcaminos» le hubiera alcanzado.

—Conque fue usted —rugió Rodden, al comprender la verdad.

—En efecto, amigo mío. Ah, si esto ocurriese en otros tiempos, le habría traído las cabelleras de dos tipos que quisieron darme un «paseo» hace dos noches. Desgraciadamente, soy un tipo muy sensible a la sangre y detesto las mutilaciones corporales.

Un rollo de billetes voló por los aires y fue a caer sobre el regazo del aturdido Rodden.

—Al menos, evitaré que pierda usted el dinero que pagó por mi pellejo —añadió Millman burlonamente.

Hubo un momento de silencio, tenso, ominoso. Rodden fue el primero en romperlo.

—¿Dónde está la señora Dubbs? —preguntó.

—Ah, ése es secreto de Estado —contestó él joven—. Comprenderá que no he tomado la apariencia del doctor Von Kapitz para decirle luego dónde tengo a su rehén.

—Millman, le haré pagar...

—Aunque quizá me decidiera a hacer un trato con usted —añadió el joven.

—¿Qué trato?

—Martha Dubbs por Leticia Harnell.

La cara de Rodden se puso en el acto del color de la ceniza. Millman captó la expresión.

—No aceptará el trato, ¿verdad? —añadió—. Y como Fuller lo sabe, lo tiene a usted *acogotado* y le hace bailar como una marioneta colgada de sus cordeles. Bien, amigo mío, Fuller acabará por «cantar» y usted ira a hacerle compañía en San Quintín, por el resto de sus días. La conversación ha terminado.

De súbito, Millman advirtió un leve chispazo en los ojos de Rodden. El instinto le hizo saltar velozmente a un lado.

Una cachiporra zumbó al pasar junto a su hombro izquierdo. Fallado el golpe, Neames se inclinó y trastabilló.

Millman retrocedió un paso. Cuando Neames se erguía, le sacudió un terrible bastonazo en la boca.

El negro emitió un espantoso rugido, a la vez que escupía sangre a chorros. Millman puso el bastón horizontal y empujó hacia adelante. Neames estaba al borde de la piscina y cayó hacia atrás, con los brazos abiertos, con gran estallido de espumas.

Rodden se había puesto en pie, con una botella en la mano, loco de cólera. Millman se revolvió y golpeó su estómago con todo el largo del bastón. Rodden aulló, a la vez que se inclinaba hacia adelante. Entonces el joven lo agarró por una oreja y tiró con fuerza.

Rodden chilló, obligado a correr en contra de su voluntad. Instantes después, sintió un pie en las posaderas. Sin poderlo evitar, voló hacia la piscina.

Millman sonrió. Arregló sus ropas y luego, con paso medurado, se dirigió hacia la salida.

Ackers acudía corriendo en aquel momento. Vio al visitante y se detuvo una fracción de segundo.

—Corra, amigo mío —dijo Millman con fuerte acento—. El «señorr» Rodden necesita la ayuda de un «hombrrre» tan fiel como usted.

Ackers continuó su camino. Cuando comprendió la verdad, era ya demasiado tarde.

* * *

Diana abrió la puerta y parpadeó al ver a un sujeto que le

resultaba completamente desconocido.

—¿«Señorrita» Dubbs? Soy el «Doktor» Von Kapitz.

—Oh, doctor... Pase usted —invitó la joven—. Me alegro infinito de conocerle...

—El «honorr» y el «placerr» son míos, «señorrita». —Millman juntó los tacones e inclinó la cabeza—. Es «parra» mí una «grran» satisfacción «anunciarrle» que su «señorra madre» está perfectamente y a salvo.

Diana le tomó las manos impulsivamente.

—Oh, doctor, no sabe cuánto se lo agradezco... Mientras viva, no podré olvidar jamás este gesto...

De pronto, se calló y puso cara de extrañeza. Millman se preguntó a qué se debía aquel cambio de expresión.

—Doctor —preguntó heladamente—, ¿su bigote está compuesto por muchos pelos o es sólo de una pieza?

Millman se llevó la mano al labio superior.

—Está torcido —adivinó, riendo.

—No sé cómo puedes tener humor para gastar bromas en estas circunstancias —dijo ella, muy enojada—. Yo esto; con el alma en un hilo y tú... tú te dedicas a... al Carnaval en junio...

—Mujer, era necesario —se defendió él, mientras lanzaba sucesivamente el sombrero, los guantes y el bastón encima de un diván—. Lo he hecho maravillosamente —añadió—. Tendrías que haber visto, al enfermero correr como un loco. Prácticamente, no paró hasta llegar a la casa de Rodden.

—¿Le amenazaste con algún arma?

—Mucho peor. Le dije que la enferma a quien atendía tenía lepra maligna y que él aún estaba a punto de curarse... No esperó a que se lo repitiese dos veces, créeme. Pero no me has ofrecido siquiera una jarra de cerveza.

—Perdona, *Cuttie*; tengo la cabeza que no rige muy bien... Ahora mismo te la traeré...

Millman terminó de quitarse la barbita y las pobladas cejas grises que habían formado parte del disfraz. Aflojó la corbata y se desabrochó el chaleco. Diana llegó en aquel momento, con una bandeja en las manos.

—Cuenta, *Cuttie* —pidió—. ¿Cómo está mi madre?

—Perfectamente. Y tengo buenas noticias para ti. Los nervios

son el culpable principal de su dolencia. Tiene que olvidarse de las cosas malas que le han pasado y así conseguirá curarse muy pronto.

—Papá murió hace menos de un año —dijo Diana tristemente—. Ella no ha podido superar aún el trauma.

—Es una mujer joven, con sólo cincuenta años encima. Es preciso que la hagas comprender que aún le quedan muchos años de vida.

—Se lo diré, cuando la vea. Supongo que me indicará el lugar al que la has llevado.

—Por ahora, no —contradijo él firmemente—. Si te siguen y la encuentran, volveríamos a las andadas. Tranquila, está bien y segura.

—Gracias, *Cuttie* —dijo Diana, muy conmovida—. ¿Qué más noticias me traes?

—Muchas, pero, dime, ¿has hablado con Fuller?

Ella meneó la cabeza.

—Es una roca, *Cuttie*.

—Entonces, tendremos que atacarle por el lado de Rodden.

—¿Cómo?

—Será preciso aprovechar el caso de Leticia Harnell, una prostituta de lujo que fue... Pero ya te lo he contado, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Lo difícil, sin embargo, será probar el asesinato de esa mujer.

—De una cosa estoy seguro: Rodden tiene mucho que ver con esa muerte. Se puso lívido cuando mencioné el nombre de Leticia Harnell.

—¿Cómo? —se sorprendió la joven—. ¿Has ido a verle?

—Tuvo el honor de ser visitado por el doctor Von Kapitz.

Diana sonrió, sin despegar los labios.

—Debió de ser una escena inenarrable —dijo.

—Lástima de cámara de cine; me hubiera gustado proyectarte la entrevista en una pantalla.

—Pero no admitió haber asesinado a Leticia Harnell.

—Por supuesto que no. Sin embargo, yo creo...

El timbre de la puerta sonó en aquél, momento. Diana avanzó un par de pasos, pero Millman agarró su brazo y la detuvo en seco.

—Quieta, yo abriré —dijo.

Millman se acercó a la puerta y atisbo a través de la mirilla. En

el corredor había dos mujeres, una de las cuales le dejó estupefacto al reconocerla. La otra le resultó perfectamente desconocida.

CAPÍTULO X

Abrió la puerta. Agatha Vankirk sonrió.

—Oh, señor Millman, no esperaba encontrarle aquí...

—Soy... Bueno, estoy de visita —contestó el joven, desconcertado—. ¿En qué puedo servirla, señora Vankirk?

—Deseaba hablar con el abogado Dubbs. Ésta es su residencia, creo —manifestó Agatha.

—Yo soy —intervino Diana—. Pasen, por favor.

Agatha vestía con su elegancia de costumbre. La mujer que la acompañaba, unos diez años más joven, era rubia, de formas opulentas y vestía con cierto descuido juvenil, que ya no le sentaba bien, porque estaba mucho más cerca de los treinta años que de los veinte.

—El señor Millman es mi empleado y goza de toda mi confianza, señora Vankirk —dijo la joven.

—Oh, es una afortunada casualidad que le hayamos encontrado aquí, en su casa, mis Dubbs. Precisamente íbamos a visitarle a él después, pero aprovecharemos esta afortunada circunstancia para, como se dice vulgarmente, matar dos pájaros de un tiro.

—Señora Vankirk, ¿por qué no se deja de rodeos y hablamos claro de una vez? —dijo Millman, impaciente.

Agatha le miró, sonriendo con los ojos más que con los labios.

—Señor Millman, señorita Dubbs, tengo el gusto de presentarles a Leticia Harnell.

El joven respingó. Diana no tenía fuerzas para hablar.

—Precisamente hoy mismo, Leticia volvió a mi club, a pedirme un empleo, cosa a la que he accedido de inmediato —siguió Agatha—. Saluda, Leticia, mujer, no te quedes ahí parada como un poste.

—¿Qué tal están ustedes? —recitó la rubia, con el acento propio

de una colegiala.

—Abrumados —contestó Millman—. Pero también satisfechísimos por la noticia.

—Usted quería ver a Leticia, me dijo el otro día, señor Millman. Pues bien, aquí la tiene —sonrió Agatha. Se volvió hacia la rubia—. Leticia, querida, ¿tienes algo más que decirles?

—Lo que tú mandes, Agatha —contestó la interpelada con el mismo tonillo de voz.

Millman carraspeó.

—Creo que es suficiente —dijo—. Señora Vankirk, muchas gracias por su visita. Señorita Harnell, no dudo que tendrá grandes éxitos en el *Blue Flower*.

—Cuando tenga ganas de un momento de distracción, no dude en llamarme, señor Millman —dijo la rubia.

—Ya es bastante, Leticia —cortó Agatha—. Gracias por todo, abogado Dubbs. Señor Millman...

Al quedarse solos, Millman olvidó la cerveza y fue en busca de la botella de *whisky*.

—Rodden no pierde tiempo en actuar, ¿eh? —comentó Diana con amargo sarcasmo.

—En un campeonato de pala, él se llevaría el primer premio, desde luego —dijo Millman, ya con el vaso en la mano.

—¿Pala? No entiendo —dijo la muchacha, desconcertada.

—Nunca vi a una muerta que gozara de mejor salud.

Diana movió la cabeza repetidas veces.

—Comprendo —murmuró. De pronto, lanzó un pequeño chillido —: ¡Tú la conocías ya, bribón!

—No, aunque sí, en cambio, puedo decirte que Rodden ha sabido mover rápidamente sus peones.

Millman apuró el contenido del vaso. Luego miro a la joven.

—Diana, mañana quiero acompañarte a ver a tu cliente —manifestó.

—De acuerdo —accedió ella.

* * *

Millman se colgó un cigarrillo encendido de la comisura de los labios y, a través del humo, miró entre crítico y desdeñoso al sujeto

que tenía frente a sí, al otro lado de la mesa.

—No tienes media bofetada, Lemmy —dijo—. Si yo te pescara en la calle por mi cuenta, ibas a «cantar» solo con un par de toses.

Fuller sonrió, no menos desdeñoso.

—Aquí no puede rozarme siquiera el pelo —contestó—. Y, en la calle, me tendría bien prevenido, se lo aseguro.

—Quizá sí, quizá no. Es posible, en cambio, que corrieses la suerte de tu amigo el mono. Me refiero a Mickey Buster, por si no recuerdas el nombre.

Fuller se echó aliento en las uñas y las frotó contra la sarga de su traje carcelario.

—Era un tipo blando. Hubiera acabado por «cantar».

Diana, que asistía silenciosa al diálogo, se sintió horrorizada y asqueada por el cinismo que demostraba su cliente.

—Dan ganas de vomitar al oírle —dijo.

—Usted es mi defensor. Haga su papel y no se preocupe de más, monada —sonrió Fuller perversamente.

—Lemmy, dime, ¿qué sabes de Leticia Harnell? —preguntó Millman de sopetón.

Fuller acusó el golpe. La sonrisa se borró en el acto de sus labios.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó, llevándose una mano a la oreja derecha—. No tengo bueno el oído en los últimos tiempos.

Millman se quitó el cigarrillo de la boca y sacudió la ceniza displicentemente en un cenicero que había sobre la mesa.

—Rodden asesinó a Leticia. Es evidente, aunque no se pueda probar. Tú, sin embargo, tienes esas pruebas y le presionas para que te saque de este apuro. Pero imagínate que consigo demostrar que Rodden es culpable de asesinato. ¿Qué te quedaría a ti?

Fuller había palidecido y tenía la boca abierta.

—Miss Dubbs renunciaría inmediatamente a tu defensa —continuó el joven, inflexible—. Los testigos amedrentados por Rodden, al verle a éste en la cárcel, acusado también de asesinato, perderían el miedo y «cantarían» como canarios en primavera. Te habría salido, como suele decirse, el tiro por la culata.

El preso no tenía fuerzas para hablar. Millman decidió remachar el clavo.

—Quizá el fiscal se mostrase indulgente contigo, si te avinieses a cooperar —añadió—. Siempre se podría alegar que disparaste

contra Walters, porque te había amenazado de muerte. Esto, y las pruebas contra Rodden, reducirían considerablemente tu sentencia.

Millman se puso en pie.

—Vámonos, Diana. —Desde la altura, miró a Fuller, cuyas manos temblaban convulsivamente—. Piénsatelo bien; todavía tienes tiempo —dijo, como colofón y despedida.

En la calle, Diana le pidió un cigarrillo.

—Eres tremendo —dijo, después de encenderlo, y cuando el coche ya rodaba plácidamente—. Lo has hecho polvo.

—Es el único lenguaje que entienden ciertos tipos —contestó él—. Ahora sólo es necesario esperar. Cuando reflexione, acabará viendo que mi proposición es la única salida que le queda.

—¿Aceptará, *Cuttie*? —dudó ella.

—Esperemos. Un día, dos todo lo máximo. Conozco a los tipos como Fuller, gallean mucho cuando tienen las espaldas bien cubiertas, pero, en cuanto se ven sin protección, se derrumban como monigotes.

—De todas formas, es una solución que no me gusta. Fuller es culpable.

—Lo sé, pero combatiendo a Rodden, tú no tendrás necesidad de defender a ese miserable.

—Has hecho un trato con él, en mi nombre —le recordó Diana.

—Bueno, pero puede ser otro abogado el que lo lleve a la práctica, me parece. El caso es que Rodden te deje en paz y que se olvide de tu madre. No la encontrará; pero tampoco estamos seguros de que no lo intente a toda costa, ¿entiendes?

De pronto, Millman arrimó el coche a la acera y frenó.

—A veinte pasos tienes una parada de autobús, para volver a tu casa —indicó.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, sorprendida.

Millman sonrió maliciosamente.

—Quiero hablar con una persona que ayer por la mañana estaba muerta, es una experiencia inolvidable —contestó.

Diana, ya fuera del coche, se inclinó hacia la ventanilla.

—Sólo hablar, nada más —dijo, incisiva.

Millman levantó la mano izquierda.

—Lo juro, guapa —repuso.

—El cliente tiene razón. Siempre se le da lo que pide —dijo Millman. May Stone sonrió.

—Siempre, señor —contestó.

—Entonces, deseo a la señora Vankirk.

El rostro de May expresó desilusión.

—Oh, yo pensé...

—Tengo un capricho, nena. Ella es mucho más experta. Quizá me cure la impotencia que padezco.

—Si es por eso, yo...

—Nena, no insistas. Quiero a la señora Vankirk.

May suspiró.

—Está bien. Pase. —Abrió una puerta y se quedó a un lado—. Desearía no darle una respuesta afirmativa —añadió.

—Oh, sí, Agatha vendrá —contestó él, plenamente convencido de lo que decía.

Entró en el dormitorio, vasto, lujoso, con enormes espejos y servicio de bar independiente. Las ropas de la enorme cama eran de seda. El baño, según comprobó, era digno de un jeque del petróleo. Quizá los grifos eran solamente chapados en oro, pero el efecto resultaba espectacular.

Para entretener la espera, se sirvió una copa. Cuanto tomaba el primer sorbo, oyó el ruido de la puerta a sus espaldas.

—Desnúdate —ordenó fríamente.

—No me acuesto con el primero que me lo pide —contestó Agatha, con no menor frialdad.

—Yo no he pedido que te acuestes conmigo. Sólo quiero que te quites la ropa.

—¿Tienes... vicios raros? —preguntó ella.

—Te lo diré en seguida.

A través del espejo que tenía frente a sí. Millman vio las operaciones que realizaba Agatha. Al fin, ella quedó completamente desnuda, muy atractiva en todos los sentidos.

—Ahora, vuélvete de espaldas —ordenó.

Agatha obedeció. Millman sonrió.

—Ya puedes vestirte —dijo.

Ella permaneció inmóvil.

—Sólo fueron dos latigazos y no muy fuertes, pero dijo que me dejaría la espalda en carne viva, no hacía lo que me pedía —manifestó con voz entrecortada.

—Me lo suponía. —Millman giró en redondo—. ¿Quién lo hizo?

—El mismo, en persona, pero sus matones estaban delante...

—Eso significa que Leticia está muerta.

—No hay medio de probarlo, señor Millman.

—Puedes llamarme *Cuttie*. Y vístete ya, diablos; me estás poniendo nervioso.

—Puedo tranquilizarte...

—No, gracias. Agatha. Es evidente que Rodden mató a Leticia, aunque no podamos probarlo, pero tenemos que hacerlo. Y tú, de este modo, quedarás libre de posibles presiones en el futuro. Un día. Rodden temerá algo y ordenará que te maten. Y también a la chica que tomó el nombre de Leticia Harnell. Eso es lo que debes evitar a toda costa.

Agatha bajó la cabeza un momento.

—El único que podría decir algo, quizá, es Rory Laine, el fotógrafo, pero fue asesinado —contestó.

—Eso hace suponer que hay unas fotografías que comprometen muy gravemente a Rodden.

—Seguro. De otro modo, la muerte de Laine no tendría sentido.

—Pero Rodden no ha encontrado las fotografías. De lo contrario, no te habría obligado a desempañar esta comedia. ¿No se te ocurre dónde pueden estar?

Ella volvió a reflexionar.

—Quizá... —Y se calló en el acto.

—Vamos, había. No tengas miedo... de mí. ¡De quien debes tenerlo es de Rodden!

—Bueno, es la única idea que se me ocurre. Tina Ferris.

—¿Quién es esa prójima?

—Estuvo aquí una temporada. Tuve que despedirla; sentía una irreprimible propensión a narcotizar a los clientes y vaciarles la cartera. Uno de ellos organizó un tremendo escándalo y estuvieron a punto de cerrarme el club.

—Entiendo. La despediste.

—Sí, claro, no podía hacer otra cosa.

—¿Qué más sabes de esa zorra?

—Me dijeron que servía de modelo a Laine. Imagínate qué clase de fotografías podían salir.

—Sí, desde luego —convino Millman, sonriendo.

—Tina se hizo muy amiga de Fuller. Éste la tomó como favorita. Rock Walters se encaprichó de ella y quiso quitársela.

—Y entonces fue cuando Fuller decidió darle una lección.

—A tiros, *Cuttie*.

—Esto empieza a marchar —dijo Millman, satisfecho—. De modo que Tina era la favorita de Fuller.

—Absolutamente —contestó Agatha.

—Muy bien, creo que, por fin hemos dado con la solución. ¿Sabes dónde vive Tina?

—¿Por qué no se lo preguntas a Reggie?

—Buena idea —aceptó Millman. Y se encaminó hacia la puerta.

Agatha corrió hacia él, lo abrazó con fuerza y le miró ansiosamente.

—¿Por qué no te quedas unos minutos? —suplicó—. ¿Tanta prisa tienes?

Ella continuaba todavía desnuda. Millman sintió contra su pecho la dulce presión de los senos, erguidos, firmes. Hizo un esfuerzo y consiguió dominar el ramalazo de pasión que le había asaltado.

—Es mucho más urgente evitarte una segunda serie de latigazos —dijo al cabo.

* * *

De repente, cuando salía de la tienda de Hillbrook, Millman se encontró con un viejo conocido.

—¡*Cuttie*! —gritó el hombre, de su misma edad, aproximadamente—. ¿De dónde sales, viejo zorro?

Millman se sorprendió enormemente al reconocer a su amigo.

—Pero si es Pete Hankins, alias *el Lagartija* —exclamó—. Hombre del diablo, ¿qué rayos haces en esta ciudad?

Los dos amigos se abrazaron fuertemente. Luego, Hankins dijo:

—Tengo que darte una buena noticia, *Cuttie*. —Le guiñó un ojo—. Estoy en viaje de luna de miel.

—¡Caramba, te felicito, *Lagartija*..., perdón, Pete! No sabía nada... Claro que perdimos el contacto desde que nos licenciamos...

Tu mujer será guapa, me imagino.

Hankins puso los ojos en el cielo.

—Un tesoro —contestó—. Pero ven conmigo al hotel; está muy cerca, y así podrás conocerla. *Cuttie*, no admito una negativa. Ella también quiere conocerte; le he hablado de ti infinidad de veces y de los viejos tiempos... ¡Qué época aquélla, cuando nos moríamos de sed en el desierto o chorreábamos agua en la selva panameña! Son tiempos que ya no volverán, *Cuttie*.

—No, no volverán —convino Millman.

—Nuestro pelotón era el mejor del batallón —dijo Hankins entusiasmado—. No había quién nos tosiera... Pero vamos, hombre, no te quedes ahí parado. Además, quiero que veas las fotografías que hemos sacado durante la luna de miel. Precisamente, las traigo aquí; hice un montón de rollos y los llevé todos a la vez. Mañana nos volvemos a casita...

Millman se resignó. A fin de cuentas, hacía ocho años que no veía a aquel buen amigo y no perdería mucho tiempo tomando unas copas con el flamante matrimonio. Por otra parte, estimaba que aún era temprano para visitar a Tina Ferris y se dejó llevar.

Edith Hankins era una joven muy atractiva, que mostró hacia el invitado una gran afectuosidad. Preparó unas bebidas y luego Hankins se dispuso a proyectar en una pantalla las diapositivas de las placas tomadas durante su estancia en la ciudad.

Millman soportó pacientemente el desfile de fotografías, de escaso interés, salvo para los recién casados. Quizá él hiciese lo propio algún día, pensó, aunque evitaría dar la lata a los amigos con una sesión semejante a la que él aguantaba, como si fuese una tortura.

De repente, apareció una escena en la pantalla que dejó desconcertados a los tres espectadores.

—¡Diablos! —exclamó Hankins—. Pero ¿qué ha pasado ahí?

Millman extendió el brazo. El aburrimiento que le poseía se había disipado instantáneamente.

—¡No muevas la placa, Pete! —exclamó.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, contempló la escena nocturna, fielmente reproducida en una pantalla de más de un metro de ancho. Allí aparecía Fuller, perfectamente reconocible en todos sus rasgos, con el brazo alargado y el revólver apuntando

hacia Walters, en cuya cara se apreciaba ya un gesto de horror indescriptible.

Había, además, algo que mejoraba la iluminación de la escena. Los rasgos del asesino y de su víctima estaban iluminados en un color casi rojo, debido a que el disparo del revólver y el de la cámara fotográfica, habían coincidido de un modo absoluto. El fogonazo del arma era dramáticamente real.

—Yo... yo no reparé en eso... Había mucho ruido... —tartamudeó Hankins, cuyo perfil aparecía en un lado de la vista.

—Y yo tenía la vista fija en mi esposo —dijo la joven señora Hankins—. Luego, sí, percibí mucho barullo, pero nos apartamos en seguida, temerosos de sufrir algún daño.

Millman hizo un gesto de asentimiento.

—Pete, he de pedirte que me entregues la diapositiva —dijo.

—Desde luego —accedió Hankins.

CAPÍTULO XI

Millman llamó a la puerta y no le contestó nadie. Se preguntó si Tina estaría aún fuera de su casa.

Insistió en las llamadas. Al otro lado, de pronto, pareció sonar un ruido. ¿Quién había derribado aquel jarrón?

Súbitamente, se abrió la puerta. El rostro de un individuo apareció por el hueco.

—Lárguese, amigo —dijo el sujeto hoscamente—. Ella no está en casa.

Y cerró de un portazo.

Millman aguardó en el mismo sitio. Sabía lo que iba a suceder antes de cinco segundos.

La puerta volvió a abrirse.

—Es ese maldito Millman... —empezó a decir Ackers.

Un puño se estrelló contra su mandíbula con tremenda violencia. Ackers puso los ojos en blanco y se desplomó como un fardo.

Millman entrevió un apartamento completamente revuelto, pero no tuvo tiempo de apreciar más detalles, porque el gigante negro cargaba contra él, con la cabeza gacha, mugiendo como un toro enfurecido.

El joven lo aguardó a pie firme. En el último instante, se apartó a un lado. Neames le rebasó, atravesó la puerta y fue a chocar contra la pared opuesta del corredor. Millman aprovechó para cruzar el umbral y cerrar de nuevo.

Estuvo así un segundo. De pronto, volvió a abrir.

El puño, enorme, potentísimo, de Neames, golpeó en el vacío. Millman bajó la mano, de canto, y atacó la muñeca del sujeto. A Neames le pareció que le habían cortado la mano.

Millman avanzó dos dedos y se los metió en los ojos. Neames

abandonó toda idea de resistencia y se llevó las manos a la cara, bramando frenéticamente.

De pronto, Millman divisó una silla destrozada. Con toda tranquilidad, agarró una de las patas y arreó un tremendo golpe al estómago de Neames, quien se dobló instintivamente sobre sí mismo.

—Es justamente lo que necesitaba —dijo el joven complacidamente, mientras bajaba la improvisada estaca hacia la rizada nuca del gigante.

Los pies de Neames se estiraron súbitamente. Cayó al suelo de cara y no se movió más.

Entonces, Millman dirigió una amistosa sonrisa a la mujer que estaba completamente, desnuda, atada con cuerdas a un sillón.

—La señora Farris, supongo —dijo.

Tina le miraba con ojos de pasmo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Millman ejecutó una reverencia versallesca, como si tuviera un chambergo con plumas en la mano y fuese un mosquetero, descubriéndose la reina.

—El servidor de las damas desvalidas en apuros —dijo—. Pero puedes llamarme *Cuttie*, encanto. —La miró apreciativamente—. Fuller tenía buen gusto, el condenado —añadió.

—Pero ¿es que no me va a soltar? —se indignó Tina.

—Sospecho que esos dos cretinos y yo hemos venido por la misma cosa. ¿Se lo has dicho ya?

—No he tenido tiemp... —Tina se mordió los labios—. No sé nada —dijo hoscamente.

—Vamos, vamos, preciosa. ¿Prefieres que me marche con las manos vacías y te deje en manos de ese par de monstruos?

—Le digo que no sé...

Millman paseó la vista por la habitación, completamente revuelta. En alguna parte, pensó, tenía que estar lo que buscaba.

Luego volvió a mirar a Tina. Era una mujer de unos veintiocho años, muy rubia, de grandes pechos y sólidas caderas. El tipo de hembra que podía volver loco a un sujeto como Fuller.

—¿Te han hecho algo esos dos? —preguntó.

—Acababan de atarme cuando usted llegó —respondió ella—. Dijeron que el negro me iba a violar...

Millman sonrió, incrédulo.

—¿Ahí, atada al sillón? ¡Qué incomodidad!

De pronto, reparó en un bar que había sido devastado por los matones. Había botellas y vasos rotos por el suelo, aunque, sorprendentemente, quedaba algo que se conservaba en parte intacto.

Era una pesada bombonera de cerámica, de casi un palmo de diámetro por unos ocho o diez centímetros de alto. La tapa, hecha pedazos, yacía por el suelo, mezclada con los bombones que los secuaces de Rodden habían esparcido a puñados.

El fondo de la bombonera podía verse con toda claridad. Millman volvió un poco la cabeza y miró de reojo a la rubia.

Tina enrojeció instantáneamente.

—¡Deje eso! —chilló.

Millman levantó la bombonera y le dio la vuelta. Sujeto a la base inferior, se veía un rollo de película. Despegó la cinta adhesiva y lanzó el rollo al aire, para recogerlo inmediatamente y guardarlo en el bolsillo.

—¡Es el seguro de vida de Lemmy! —dijo Tina, lívida.

Millman meneó la cabeza.

—No hay nada que hacer por Lemmy —contestó fríamente. Sacó unos billetes del bolsillo y los dejó en la barra. Luego avanzó hacia la rubia, con una navajita en la mano y empezó a cortar las ligaduras que aún la sujetaban al sillón—. Voy a darte un consejo. Vístete inmediatamente y lárgate de la ciudad. Cuando despierten esos dos palomos, si te ven todavía aquí, la van a emprender contigo y, aunque les digas que me he llevado la película, no te creerán y te harán pedazos.

Dobló la navaja y la guardó en el bolsillo.

—Te dejo cien dólares para los primeros gastos —se despidió.

Tina no necesitó que le repitieran el consejo; corrió, hacia el dormitorio y empezó a vestirse a toda velocidad.

Mientras tanto, Millman, sin apresuramientos, llegaba a la calle y subía a su automóvil. Lo primero que hizo fue visitar a su amigo Hillbrook y comprarle un proyector de cine. Cuando el comerciante le preguntó para qué lo quería, le respondió que le habían enviado un lote de películas pornográficas, como propaganda, y que quería disfrutar un rato en su casa.

—Hay gustos para todo —rezongó Hillbrook—. A mí, eso, en cine, me parece pura teoría. La práctica, muchacho, la práctica es lo que vale.

—Viejo carnero —le apostrofó el joven.

Cargado con su adquisición, salió de la tienda y se encaminó a su casa.

* * *

Sentado en la butaca, volvió a pasar la película.

El operador, era razonable suponer que había sido Fuller, no se había perdido detalle. Todo había sido registrado en imágenes con absoluta precisión, sin omitir el menor detalle. Después de contemplar la película por segunda vez, se levantó, fue al refrigerador, sacó una lata de cerveza y la abrió. Con ella en la mano izquierda y un cigarrillo en la otra, volvió a la sala y empezó a meditar.

Sería curioso conocer los motivos que había tenido Fuller para tomar la película. Había actuado como un naturalista, en busca de imágenes de animales salvajes, acechando con infinita paciencia el momento más adecuado para impresionar las acciones deseadas. Así se comprendía la seguridad de Fuller en conseguir su absolución.

Simplemente, había conseguido que Rodden actuase como una marioneta, cuyos hilos movía él a su antojo. Naturalmente, le habría enviado una copia de la película, para demostrar que no mentía. Era lógico en un caso semejante, se dijo.

De pronto, sonó el teléfono.

Millman se acordó entonces de Diana. Debía haber ido a su casa, pero no había querido hacerlo, a fin de evitar un posible fracaso. Ahora tenía la plena convicción de que podían derrotar a Rodden.

Una voz de hombre sonó en sus oídos:

—¿Doctor Von Kapitz?

Millman respingó.

—Oiga...

—Escuche, doctor. He de decirle algo muy importante. Tengo a una muchacha gravemente enferma en mi casa. Mi médico particular me ha recomendado a usted, muy especialmente. Dice que usted es el único médico capaz de salvar la vida de la enferma.

—¿Rodden? —dijo el joven.

—Mi médico me aseguró que sólo una eminencia como usted podría salvar a la enferma, antes de veinticuatro horas. Si no acude antes de que se termine este plazo, la pobre morirá irremisiblemente.

Millman apretó los labios.

—Conozco a la enferma, supongo.

—Sí, doctor. Creo que tiene usted la medicina que puede salvarla. Tráigala, por favor. Y no lo olvide: veinticuatro horas.

El teléfono se cortó bruscamente. Millman dejó el suyo en la horquilla. Encendió un nuevo cigarrillo. No, cabía duda alguna: la enferma era Diana.

En medio de todo, Rodden no carecía de sentido del humor. Por otra parte, si alguien escuchaba la conversación, no podría relacionarla con el secuestro del abogado.

Consultó la hora. Eran las nueve y media de la noche. Había perdido demasiado tiempo, se dijo, esperando a que un amigo le obtuviese una copia positiva del negativo hallado en casa de Tina Ferris. Pero no le había sido posible hacer otra cosa.

De todas formas, aún tenía veinticuatro horas de tiempo. El caso de Fuller, lógicamente, había pasado a segundo plano.

Había que hacer algo; no podía consentir que Rodden se saliera con la suya. Una cosa era evidente: Rodden se sentía en peligro y era capaz de cualquier cosa, con tal de salvar el pellejo. Los dos latigazos propinados a Agatha Vankirk lo probaban. A pesar de las amistades de Agatha, no había vacilado en amedrentarla, a fin de conseguir que una de sus pupilas se hiciera pasar por Leticia Harnell.

Entregar la copia cinematográfica y el negativo no le apetecía. Emplear la fuerza bruta era algo que quedaba completamente descartado.

Había que hacer algo, pero ¿qué?, se preguntó, repentinamente desmoralizado.

Estuvo un buen rato inmóvil, buscando posibles soluciones para el problema que se le había planteado tan inopinadamente. De súbito, creyó encontrar la solución.

—Claro, es lo mejor —exclamó, a la vez que chasqueaba los dedos.

Sonrió para sus adentros. Volvió a mirar el reloj; iban a dar las diez de la noche.

Todavía tenía veintitrés horas de tiempo. Diana lo pasaría mal, indudablemente, pero no podía evitarlo. Confió en que la joven fuese lo suficientemente discreta para callar la existencia de la fotografía tomada por Pete Hankins.

Entonces, más calmado, se sirvió una buena dosis de *whisky*. Luego se metió en la cama. Tenía que madrugar, el día siguiente iba a ser de mucho ajeteo.

CAPÍTULO XII

Alrededor de las dos de la tarde llegó una cuadrilla de obreros y se puso a trabajar en los mismos límites del jardín de la residencia de Rodden, a menos de cincuenta metros de la casa.

Rodden lo vio y envió a uno de sus gorilas a averiguar lo que sucedía. Ackers, con la mandíbula todavía hinchada por el golpe recibido la víspera, cumplió el encargo y regresó a poco.

—Dicen que van a montar la armadura para un anuncio —informó.

—¿Un anuncio? ¡En mi propio jardín! —bramó Rodden.

—El capataz me ha enseñado la licencia municipal; es todo lo que sé, jefe.

Rodden se volvió hacia su prisionera. Diana estaba sentada en la terraza exterior, la cual, por hallarse en un nivel ligeramente superior al de la avenida, permitía una visión perfecta del panorama.

—El doctor Von Kapitz no viene —dijo.

Diana se encogió de hombros.

—Vendrá —aseguró.

Rodden consultó su reloj.

—Le di veinticuatro horas de plazo —gruñó—. Si cree que no voy a cumplir mi promesa, se equivoca de medio a medio.

Diana guardó silencio. Aparentemente estaba libre, pero uno de sus tobillos quedaba sujeto a la pata de una pesada mesa de terraza, de hierro, por medio de la argolla de unas esposas. La otra rodeaba el tobillo. Cada vez que quería moverse, tenían que soltarle la argolla.

Pero estaba tranquila. Millman acudiría en el momento crítico, ni un minuto antes.

—Parece que no se siente muy seguro —observó Diana.

Rodden emitió un bufido.

—Fuller le metió en un buen lío, ¿eh?

—Ese hijo de mala madre... Me gustaría tenerle aquí, para estrangularle con mis propias manos.

—¿Eso es lo que hizo con Leticia Harnell?

Rodden dirigió a la joven una mirada oblicua.

—No tengo nada que decir sobre el particular —contestó malhumoradamente.

—Rodden, los tipos como usted, tarde o temprano, acaban siendo destruidos por sus propias acciones —dijo Diana sentenciosamente—. Ha vivido de la muerte y es algo que debe pagar.

—Creo haberla contratado a usted como abogado defensor —le recordó el sujeto.

—Eso es lo que decían los negreros a los esclavos que capturaban en la costa occidental de África —repuso ella irónicamente.

—En cuanto Millman me entregue lo que deseo, usted quedará libre y Fuller podrá irse al diablo.

—Todavía está en condiciones de hablar. Le acusará.

Rodden sonrió torvamente.

—Alguien le cerrará su sucia y apestosa boca. Los perros rabiosos deben ser exterminados.

Diana se estremeció. Ahora ya no le cabía la menor duda de que se trataba de unas fotografías terriblemente comprometedoras. Pero era indudable que Millman las había visto. Rodden no permitiría que el joven pudiera repetirlo a ninguna otra persona. Y puesto que ella estaba prisionera, era fácil imaginarse cuáles eran las intenciones del *gángster*.

Los hombres como Rodden no cumplían su palabra, a menos que ello les beneficiase positivamente. Había prometido soltarla, en cuanto Millman entregase las fotografías, pero no tenía seguridad de que lo hiciera.

Las horas fueron pasando lenta, angustiosamente. Diana observó que Rodden se ponía más y más, nervioso a cada minuto que transcurría. En varias ocasiones le vio dirigir la mirada hacia determinado rincón del jardín, en donde había dos enormes

palmeras, casi gemelas, separadas por una distancia de ocho o diez metros. Una de las veces habló con Neames y le oyó mencionar cierto trabajo que realizarían a la madrugada, cuando todo el mundo durmiese.

—Se necesitarán palas —dijo Rodden.

—Hay en el cobertizo del jardín —contestó el gigante de color.

Diana se mostró muy preocupada al oír aquellas palabras. La mención de las palas sólo podía significar una cosa: la excavación de una tumba.

Una vez más, depositó su confianza en el inagotable ingenio de Millman. Era el único recurso que le quedaba.

* * *

A las nueve y cuarto de la noche, Rodden se acercó a la joven, que seguía en el mismo sitio, y le enseñó su reloj de pulsera.

—Faltan quince minutos y Millman no ha venido aún —dijo.

—Vendrá —aseguró ella, más firme por fuera que por dentro.

Los obreros de la valla publicitaria se habían retirado hacía tiempo, dejando un armazón de tubo, que enmarcaba un rectángulo blanco de casi tres metros de alto por cuatro de largo. Rodden maldijo una vez más aquel armatoste, que desvirtuaba considerablemente la armonía del paisaje de aquel barrio residencial.

De pronto, una furgoneta se detuvo al otro lado de la avenida. Nadie bajó de su interior. Los habitantes de la residencia no se preocuparon del detalle. Rodden consultó su reloj nuevamente. Faltaban sólo diez minutos.

Inesperadamente, un gran chorro de luz blanca brotó de uno de los costados de la furgoneta. Ackers lanzó un grito.

—¡Jefe! ¿Qué diablos es eso?

Los guardaespaldas habituales de Rodden salieron también a la terraza. Un momento después, la luz blanca tomó una coloración distinta. Imágenes en movimiento aparecieron en aquella improvisada pantalla.

Diana se irguió. A pesar de distancia, se podía distinguir perfectamente a Rodden, conversando con una hermosa mujer, ataviada con un breve traje de baño de dos piezas. La pareja estaba

en la terraza que daba a la piscina, situada al lado opuesto de la avenida, por lo que no era posible que fueran vistos desde el exterior.

Súbitamente, ella le arrojó un vaso a la cabeza. Rodden lo esquivó y golpeó el rostro de la mujer, que cayó de espaldas. Ella se levantó rápidamente y agarró una botella, que lanzó contra el hombre. Rodden la atrapó al vuelo y, asiéndola por el gollete, golpeo de lleno el rostro de Leticia, que se tambaleó al golpe.

La botella se rompió y la cara de Leticia se llenó de sangre. Rodden seguía todavía con el cuello de la botella en la mano. De pronto, hizo un gesto violento, seco, rapidísimo. Los irregulares bordes del vidrio cortaron un poco de carne en el cuello de la mujer. Diana, con los ojos enormemente abiertos, presencié la horripilante escena, estremeciéndose al ver el chorro de sangre que brotaba de la yugular seccionada.

Se oyeron algunos gritos en la avenida. Era evidente que algunas personas se habían detenido a contemplar aquella inesperada sesión de cine.

La escena cambió. Ahora era de noche. Dos sujetos, fácilmente reconocibles a la luz del farol que estaba en el suelo, cavaban una tumba. Al cabo de un minuto, la escena dio un salto. La tumba ya estaba terminada. Ackers y Neames bajaron un bulto inconfundible al fondo de la sepultura. La luz del farol era suficiente para percibir las siluetas de los troncos de dos palmeras casi gemelas.

Luego, los dos hampones empezaron a arrojar tierra sobre la tumba. Diana oyó a su lado una respiración afanosa.

Súbitamente, se produjo un ligero barullo en la entrada del jardín. Varios hombres avanzaron hacia la casa. Rodden, anonadado, no tenía fuerzas para reaccionar.

Uno de los recién llegados se acercó a Rodden y le entregó un documento oficial.

—Señor Rodden, tenemos una autorización judicial para cavar en su jardín. Sospechamos que en él se encuentra enterrado el cuerpo de una mujer llamada Leticia Harnell.

De súbito, Ackers lanzó un chillido, dio media vuelta y echó a correr.

—¡No, no quiero que me atrapen...!

El pánico se había apoderado de él. Sería considerado cómplice

del asesinato. Su condena se iba a diferenciar muy poco de la de Rodden.

Un par de hombres uniformados le cerraron el paso.

—¡Alto! ¡Deténgase!

En la mente de Ackers no había más que una idea: escapar, al precio que fuese. Sacó su pistola y trató de hacer fuego, pero no tuvo tiempo. Dos revólveres vomitaron varios estampidos. Ackers giró sobre sí mismo y cayó de bruces al agua de la piscina.

Un severo oficial de policía se acercó a Rodden y le puso las esposas en las muñecas. Neames y los otros dos se dejaron detener sin oponer resistencia.

Diana continuaba en la misma dirección. Alguien, por detrás, le puso un cigarrillo encendido en los labios.

—Son las nueve y media en punto —dijo Millman apaciblemente.

Diana aspiró el humo.

—¿Eres del *Séptimo de Caballería*? —preguntó con humor—. Has llegado en el momento más crítico...

—¿Qué te ha parecido la sesión de cine?

—Muy realista, *Cuttie*.

—Auténtica, sin fingimientos. —Millman agitó una mano en dirección a uno de los policías—. Sargento, ¿quiere liberar a el abogado Dubbs? —suplicó cortésmente.

—Con mucho gusto, señor Millman.

Diana se puso en pie a los pocos momentos. Rodden estaba todavía en la terraza. Varios policías, con palas, se encaminaban hacia las palmeras.

—Señor Rodeen —dijo la joven—, ¿por qué hizo Fuller una cosa semejante?

Rodden la miró largamente.

—Es un sujeto absolutamente despreciable, inútil y fanfarrón. Quería que yo le diese un empleo y nunca accedí. Entonces, decidió vengarse.

—Puede que fuese más despreciable y fanfarrón, pero no tan inútil —contestó la muchacha intencionadamente—. Le ha hundido.

Rodden ya no dijo nada. Bajó la cabeza y se dejó llevar por los policías.

* * *

A la mañana siguiente, Diana, perfectamente, llegó ante la celda que ocupaba Fuller. El hampón se acercó a la reja.

—¿Qué dice Rodden? —preguntó.

Diana abrió el bolso y sacó una fotografía, copia de la diapositiva impresionada por la señora Hankins.

—Aquí tiene usted, Lemmy —dijo.

Fuller tomó la fotografía. Sus manos temblaron en el acto. En su cara apareció una espantosa lividez.

—Pero ¿cómo...?

—Señor Fuller —dijo heladamente—, quiero que sepa que, a partir de este mismo instante, renuncio oficialmente a su defensa. Es usted un hombre absolutamente despreciable y, carente de sentimientos, hacia el que no puedo sentir sino piedad. Pero mi piedad no le librará de la justicia de los hombres.

Diana dio media vuelta y echó a andar con paso rápido por el corredor de celdas. Fuller lanzó un aullido:

—¡A pesar de esto, Rodden me sacará del apuro!

Diana volvió la cabeza un poco.

—Lo dudo mucho. Hemos encontrado la película que usted filmó, con el asesinato de Leticia Harnell —contestó.

Fuller oyó aquello y se arrodilló lentamente, gimiendo como un animal herido, perdida la moral por completo.

* * *

Se oyó un ruido de cerrojos. Escoltado por un par de guardias de uniforme, Rodden, con profundas ojeras y completamente pálido, avanzó a lo largo del corredor de celdas. De pronto, cuando pasaba por delante de la de Fuller, se oyó una exclamación.

—¡Eh, oigan, deje que se acerque ese hombre! —pidió Fuller—. Tengo que decirle algo importante.

Rodden volvió la cabeza. Fuller sonrió.

—Venga, hombre; sólo se trata de un segundo.

Rodden se acercó a la reja. De súbito, Fuller sacó la mano izquierda a través de los barrotes y agarró la pechera del sujeto. Luego movió la derecha bruscamente.

Rodden soltó un gemido y se tambaleó. En su pecho había aparecido repentinamente una manchita de sangre.

Uno de los guardias golpeó a Fuller con su porra, haciéndole retroceder. Rodden caía lentamente al pie de la cancela, con la cara deformada por el dolor.

—Llama a un médico, pronto —gritó uno de los guardias.

—Es inútil, amigos —dijo Fuller cínicamente—. Ese tipo está ya listo para viajar al infierno. —Con pasmosa tranquilidad, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios—. No me van a echar más años de condena por dos asesinatos que por uno —agregó.

* * *

Millman puso la maleta en el portaequipajes del coche. Una mano enguantada le entregó otra maleta.

—Ponía junto a la tuya —dijo Diana.

Millman volvió la cabeza un poco.

—Me voy a Florida —dijo.

—Yo también.

—Diana...

—Los dos necesitamos unas vacaciones —sonrió la joven.

—Diana, ¿te das cuenta de que no es correcto que un abogado de prestigio haga lo que piensas hacer tú? ¿Qué pensarían tus dignos colegas si supieran que vives con un hombre que no es tu esposo?

—*Cuttie*, ¿es que en Florida no hay quien pueda casarnos? —preguntó ella, sonriendo provocativamente.

Millman sonrió y cerró su maletero.

—Así está mejor —contestó—. Vamos, sube.

El automóvil se puso en movimiento. A los pocos instantes, Diana dijo:

—Supongo que te has enterado de lo de Rodden.

—Si —respondió Millman—. Alguien le pasó un punzón a Fuller. O quizá se lo hizo con el propio mango de la cuchara. No importa demasiado, ¿verdad?

Diana suspiró largamente.

—No, ya no importa —murmuró.

El coche enfiló la autopista que conducía al Sur. De pronto,

Millman se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella.

—De... ¿Te gustan los niños?

—¡Claro! Me encantan; quiero tener, por lo menos, un par de chiquillos, aunque eso no es cosa de risa, me parece.

—¿No, eh? Tengo ganas de ver a un abogado defensor encinta de siete meses. Será un espectáculo maravilloso, verle con la tripita bien llena, en el tribunal...

Diana lanzó una alegre carcajada.

—Eso queda todavía muy lejos —contestó—. Además, aún es preciso dar el primer paso, *Cuttie*.

—Lo daremos esta misma noche —afirmó él rotundamente.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.